

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

San José, Costa Rica **1932** Sábado 23 de Julio

Año XIV. No. 595

Núm. 3

Tomo XXV

SUMARIO

La sombra	R. Blanco-Fombona	La herrería	Carlos Luis Sáenz
Carta alusiva	Franziskus Stratmann	Biblioteca Mínima Cubana (3)	Juan Marinello
Hacia la paz universal	Alfonso Reyes	Testimonios	
Rumbo a Goethe (3)	Gabriela Mistral	La cruzada por la libertad del estudiante latinoamericano	Antonio Orrego
Testimonios	Eugenio Montes	Están pacificando a Nicaragua...	Juan del Camino
Enrique Díez-Canedo		Noticias literarias	Antonio Acevedo Escovedo
H. G. Wells sigue sin descubrir el Mediterráneo		Bibliografía titular	
H. G. Wells, educador del mundo		Siempre recordamos a don Arturo Urién	Lilia Ramos

I

América, regalo de España
al Mundo, país encantado,
tierra del Inca y del Dorado;
de montes de plata y ríos de oro
antiguos erarios de la materna Península;
América del caballo y del toro,
de los Andes y el Amazonas,
del Tequendama y el Iguazú;
América de ojos negros y lengua ibérica,
América de los poetas, América
donde cada mujer vale un Perú.

América de cuento oriental,
tierra del sinsonte, tierra del quetzal;
América de las Mil
y una noches, América
de los diamantes del Brasil,
las esmeraldas de Colombia
y las perlas de Venezuela;
tierra del cacao y de la canela,
de la yerba del Paraguay,
del azúcar y del café;
tierra del tabaco de Cuba,
tierra del trigo argentino,
tierra del árbol del pan,
y del maguey, árbol del vino.
Soleada,
regada,
América española, América latina,
hogar y granero del mundo,
brinda siempre al pobre tu carne y tu harina
y cobijo y patria al hombre errabundo.
Que todo ser humano de tu abundancia coma,
y dile en frase dulce: este es mi cuerpo: toma;
y dile cuando escancias, Samaritana, Hebe:
esta es mi sangre: bebe.
Y sé siempre tú misma, hija de Iberia,
nieta de Roma;
ten para la orfandad y la miseria
arrullos de paloma.
Y conserva en tus leyes y en tus almas
el culto de la libertad;
y florezcan bajo tus palmas
igualdad y fraternidad.

¿Qué flecha cortará tu vuelo? ¿Qué lazo,
qué odio te estrangularía?
Para algo se tiene músculo en el brazo,
una historia entera y un alma bravía.

II

Aguila ceñuda de Méjico
posada en el patrio nopal,
más orgullosa que los cóndores
y más arisca que el quetzal;
vuela libre sobre el azteca,
desafia el rayo boreal,
que en el Sur pupilas de cóndores
siguen tu vuelo fraternal.

Quetzal de Centro América,
oropéndola maya, pájaro divino,
único en el amor de la libertad,
único en el aspecto,

La sombra

= Envío del autor. - Texto completo =



Bolívar Según Tenerani

a quien Dios negó el trino
para que no fuese perfecto;
que los hombres comprendan tu divina lección
y como tu sepan morir y no cantar en la
prisión.

Honduras de Morazán,
Guatemala, Salvador,
tierras de abundancia y de honor;
Nicaragua de Rubén y Nicaroguan,
en donde Sandino,
leonino,
opone fiero
su veto de acero
al Norte enemigo y voraz;
Costa Rica ilustre y feraz
de historia fiel, sin manchas rojas,
¿a cuándo el intrépido abrazo?
¿cuándo el beso de amor y de paz?
Sois el trébol de cinco hojas,
cinco espigas del mismo haz.

Cíclades del Caribe, Antillas, Sirenas homéri-
que sedujisteis al Descubridor; (cas
primero, último beso de tostadas Américas
a los hombres de otro color;
sirenas
morenas,
cuyos cantos el Trópico recibe;
en la luz y en el agua inmersas,
la flor de vuestros senos flota en el mar Ca-
nenúfares, corolas tersas. (ribe,
¡Pero qué! ¡Vuestra heráldica de mártires
denuncia vocación de mingo,
o es obra del hado agorero?
Tiene la Cruz, Santo Domingo,
Puerto Rico tiene el Cordero.
Cordero de Puerto Rico,
despeñado y moribundo en el barranco,
no se puede ser cordero
tan cerca del oso blanco.

Y tú, potro de Venezuela,
—sobre la pampa ilímite la libertad—
que corres, al viento las crines,
dominando el espacio y la tempestad;
continúa, rival del viento, devorando hori-
no permitas (zontes,
freno, silla ni espuela.
Acuérdate de Araure y Mucuritas,
potro de Venezuela.

Colombia, predilecta de Bolívar,
que endulzaste su copa de acíbar,
y pusiste una lágrima, como un diamante, en
su laurel,
tienes un compromiso con la historia.
Te basta con ser fiel.

Cóndores de Chile, Ecuador y Perú y Bolivia,
aviones de los Andes, héroes del cielo,
viejos amigos de Pizarro y Valdivia,
nada detendrá vuestro vuelo;
hermanos de la Cruz del Sur,
habitantes del Ecuador,
ebrios de libertad y azur
estuvisteis en lo mejor:
¿qué trueno mayor que Chacabuco?

Carta alusiva

Barcelona, 27 junio 1932.

Querido amigo don Joaquín:

Le escribo desde Barcelona, adonde
estoy accidentalmente, para enviarle un
poema: La sombra, escrito en el mes
pasado.

Pertenece a una serie de poemas lar-
gos que quisiera componer—ya he es-
crito dos—y que tal vez bautizaré con
el título de don Andrés Bello: Silvas
Americanas, sin que, por otra parte,
tengan más relación con las del viejo
maestro sino el nombre,—y la america-
nidad.—Ya es bastante. Ello indica que
pensamos en nuestros clásicos y vol-
vemos a ellos en lo posible, continuan-
do la obra de nuestros mayores y dando
abolengo a nuestras letras.

(Pasa a la página siguiente)

Hacia la paz universal

Desde la antigüedad

¿qué rayo más claro que Junia?
¿qué cúspides más conspicuas
que Bolívar y San Martín?

Dulce llanita del Perú,
graciosa como una mujer,
¿quién magnánima como tú?
Tú rindes vellones de lana,
tú la carga al indio trasportas,
y en la fría noche serrana
le sirves de esposa y de hermana
y con tu aliento lo confortas.

Tenante unicornio de Chile
que llevas en la frente el dardo,
mitológico de bravura,
te impondrás a hiena y leopardo.

¡Libertad, fortuna, gozas a la vez,
ejemplar Democracia coronada de espigas;
tan grande en tu pequeñez,
Uruguay, de Rodó y de Artigas!

Para defender su estandarte
Cuba tiene a José Martí,
Santo Domingo tiene a Duarte,
Paraguay a Solano López,
el león de Curupaití.

Argentina de inmensa pampa,
Argentina de inmenso río;
en tu suelo la Europa acampa
y queda tu suelo vacío.

¿Qué nuevos y osados Pizarros
harán de tu pampa botín,
si te defienden los bizarros
granaderos de San Martín?

III

Cuando truena sobre los Andes
y los ríos y odios desbordan,
y los peligros son más grandes
y los enemigos se abordan;
sobre los Andes viene y va
el más gigantesco condor,
desde Méjico a Panamá
y del Estrecho al Ecuador.

¿Y qué busca en las horas malas,
de peligro, el padre condor . . . ?
Cubre a América con sus alas
la sombra del Libertador.

R. Blanco-Fombona

Madrid, 1932.

Las protestas contra la guerra son tan antiguas como la guerra misma. Siempre que un padre, o un hijo o una hija, o una esposa, o un amigo, contemplaba el cadáver de quien había sido muerto en guerra, experimentaba natural e inevitable dolor: El sentimiento de orgullo por el heroísmo de tal muerte venía después y era cosa exotérica. Añadíase al dolor la pregunta del por qué de esta muerte violenta, de estas muertes incontables de manos de nuestros prójimos. Estas interrogaciones surgían especialmente cuando el ser querido a quien se lloraba era del ejército derrotado. ¿Qué sentido podía tener este sacrificio cuando había alentado al mal en vez de derrotarlo? ¿Si la guerra no hacía más que empeorar todas las circunstancias y la victoria no era más que el triunfo, no de la justicia y del derecho, sino de la fuerza bruta?

Había una respuesta única a estas preguntas: La necesidad de la guerra, escondida en cierto modo en la vida de la patria: La falta de todo tribunal que fallase entre las naciones como resultado del derecho de defensa nacional. Pero con ello y todo, quedaba un sentimiento de que no todo marchaba bien, y el anhelo de que pudiese variar ese estado de cosas. Los países de vida más antigua eran los más dispuestos a abstenerse de la guerra. No sólo la debilidad de las naciones sino que también las tremendas diferencias entre las varias razas del mundo conocido dificultaban que se imaginara nadie la posibilidad de un arreglo pacífico entre las naciones, arreglo que pudiese substituir a la guerra.

Todo extranjero era cantidad desconocida respecto de quien era preciso vivir alerta. Sólo la certeza de que en países extraños había hombres como los de la patria propia, cuya amistad acarrearía

ventajas, pudo inducir a alianzas y tratados. A medida que se fue ensanchando el horizonte se reconoció más y más cada vez el espíritu común que alienta en la humanidad, y se hizo hincapié en la fraternidad de los hombres; y asimismo, a medida que se hacía efectiva la necesidad mutua de los seres humanos y se establecían relaciones de amistad, la Paz se hacía más deseable. Consideraremos adelante lo que al respecto pensaba el Pueblo Escogido. Pero digamos de una vez que, lo mismo que los judíos, los más grandes pensadores de entre los paganos—como por ejemplo Platón en su descripción de la Atlántida—fueron censuradores de la guerra y, hasta cierto punto cuando menos, Profetas de un Reino de Paz.

El primer convenio entre Estados, tendiente a la paz, del que se tiene recuerdo, es la Liga Anfictiónica instituida por Filipo de Macedonia para decidir las disputas que surgiesen entre las varias Repúblicas griegas. Esta Corte falló no menos de ochenta y un casos (1). Gradualmente esta idea de resolver los conflictos mediante el fallo de una corte fue ganando terreno, a medida que las guerras y las luchas sanguinarias continuaban indefinidamente. Pero, hasta cuando se trataba, en la Edad Media, de naciones cristianas, vemos con qué lentitud se progresaba hacia un desenvolvimiento civilizado. Ello no obstante se insistió, cada vez más firmemente, en la idea raíz de que tal estado de cosas podría resolverse por oficio de un mediador. Agustín habla de ello en su *Civitas Dei*, Dante en su *Monarchia*. Estas no son más que proposiciones que no llegan a resoluciones prácticas. La primera sugestión práctica para contener la corriente de eterno estado de lucha fue la *Tregua Dei* papal—la tregua de Dios. Con cierta ingenuidad medieval se decretó que de miércoles de toda semana a lunes de la siguiente, se debía abajar toda arma. Pero se refrenó a las luchas en realidad sólo después de establecida "la eterna paz del mundo" de Maximiliano I, en la Dieta de Worms, en el 1495.

Una corte de ley substituyó a la defensa personal armada. Y éste fue paso modesto, pero típico, en el sendero hacia una corte universal de justicia.

Enrique IV, en el siglo dieciséis, parece haber hecho el primer esfuerzo político tendiente a una unión europea para la promoción de la paz. En sus *Mémoires des sages et royaux oeconomies d'estat*, que publicó Sully, su ministro, propone un plan para unir a Europa en una República Cristiana de 15 Estados iguales en poder. Al frente de esta alianza de Estados (integrada por seis monarquías hereditarias, seis monarquías elegidas y tres repúblicas) habría un Consejo General compuesto de sesenta representantes. Todo está esme-

(1) Reader. *L'Arbitrage international chez les Héllènes*, Cristianía, 1912.

Carta alusiva

(Viene de la página anterior)

Usted, García Monge, nos ha mostrado el camino a todos con su Repertorio Americano, que también responde, en americanidad y en título, a la enseñanza y a la tradición de Bello.

Parece natural que las nuevas Silvas Americanas se publiquen en el nuevo Repertorio Americano, como las antiguas en el Repertorio de un siglo y pico atrás.

Pero esto, tan natural, tal vez no sea posible. Mi poema es demasiado largo para su periódico; y no me creo con derecho a pedir a usted hospitalidad tan prolongada, ni a los lectores de su periódico que sacrifiquen la variedad que allí siempre encuentran. Me contentaría, pues, con que usted acogiese algunos fragmentos, a voluntad.

Hay más; vea usted: yo vivo en la capital de nuestro idioma, tengo amigos y compañeros en toda nuestra América; y, sin embargo, en el deseo de que circule entre todos los americanos—y no sólo entre los de alguna república determinada—el poema que escribo, me dirijo a usted en Costa Rica. Lo que prueba que usted, desde Costa Rica, realiza una obra de divulgación y de influencia continentales que no han sabido hacer otros, con

más facilidades, desde Madrid o Barcelona, desde Méjico o Buenos Aires.

Con un agradecido apretón de manos y renovadas protestas de amistad y admiración, quedo de usted,

afmo. s. s. y compañero,

R. Blanco-Fombona

Aparlado 117, MADRID

Sr. don Joaquín García Monge

SAN JOSE DE COSTA RICA

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

125 varas al Este del Almacén

Robert, frente a Reimers.

radamente dispuesto, los límites de cada Estado, los números de soldados, de hombres de a caballo, de cañones y de buques, y hasta los impuestos. El objeto del plan era el logro de una paz armada entre los Estados europeos.

Asesinaron a Enrique IV, y el plan no llegó a nada; de todos modos, los tiempos no estaban en sazón en Europa para una alianza tal de Estados. Mejor concepto tuvo aquel pensador que intentó desarrollar un plan de Ley de las Naciones de acuerdo con las ideas de la época. A Hugo de Groot (Grocio) se le reputa padre del Derecho Internacional. Antes que él, sin embargo, el dominico Francisco de Victoria y el jesuita Suárez habían hecho buena labor. Estos se preocuparon sólo de lo moral y teológico, y no del aspecto práctico del problema, que le correspondió a Grocio, quien, en su célebre obra *De jure belli et pacis* (1624), pidió el establecimiento de una corte internacional de decisiones.

El dominico calabrés Thomaso Campanella (1568-1639), deseaba ver una monarquía universal bajo la guía de la Santa Sede. Un príncipe alemán, el landgrave Ernst von Hesser-Rheinfels hizo, pocos años después, idéntica proposición. Reconociendo que el catolicismo, por las circunstancias de su severa disciplina y de unidad de pensamiento en todo el mundo, ofrecía la mejor esperanza de unidad y de paz, propuso una alianza de todos los príncipes católicos. Toda disputa debía solucionarse en una corte establecida en Lucerna, ciudad especialmente adecuada puesto que está situada entre dos grandes potencias, Francia y Austria. Esta idea de una unión de todos los príncipes católicos, cuya autoridad no pudiese discutirse, es tan notable que aún ahora *mutatis mutandi* vale mucho la pena de que se la considere. Los políticos católicos ocuparían hoy el lugar de los príncipes. Sería una rama católica de la Unión Interparlamentaria.

Samuel Pufendorf (1632-1694) y Christian Thomasius (1655-1728) fueron luego los sostenedores de la idea de una corte de decisiones. Los siguió el carmelita francés Emeric Crucé, cuyo libro *Le Nouveau Cynée* (1723) contiene el primer plan completo de una organización mundial para asegurar la independencia de los Estados individuales. Esta alianza debía abarcar Estados fuera de Europa, y Crucé fue precursor de los pacifistas librecambistas modernos. Su advertencia a los príncipes es muy digna de volverse a leer. Les dice que se cuiden de consejeros militares y que no persigan honores habidos a costa de sangre.

Entre los pacifistas figura el nombre del gran arzobispo francés, Fénelon (1651-1715). De él dice Alfred Fried: "Es el primer pacifista de los comienzos del siglo dieciocho que sin ambages condena la guerra, excepto cuando es defensiva. Entre la rapiña y la conquista no ve diferencia. Toda guerra, aunque concluya felizmente, hace más daño que bien, en su opinión. Dice en su *Telémaque* que 'las naciones de la tierra son todas miembros de una sola familia y en vez de despedazarse como fieras



debieran formar una gran alianza en un Congreso de todos los mandatarios".

Los grandes coterráneos de Fénelon, —Pascal, Boileau, La Bruyère, Pierre Bayle,— todos protestaron contra la guerra. Maravilla ver cuántos franceses se cuentan entre los más distinguidos amantes de la Paz. Uno de los más célebres fue el sacerdote católico Charles Iréné Castel de St. Pierre (1658-1743). Su *Projet de la paix perpetuelle* ha ocupado lugar distinguido en la literatura política. Rousseau y Leibnitz apoyaron su idea de un ejército común de toda Europa para el mantenimiento del orden, pero Leibnitz se daba cuenta de lo difícil que sería que los príncipes hereditarios secundasen tal proyecto. En su Carta al Autor, Leibnitz, dice que antes de la hora de su muerte, y aún en ese caso sólo que no dejase familia, no habría Ministro de Estado que apoyase esa idea. Voltaire se burló del plan, pero también halló ridícula la noción de que la guerra, como las pestes y las hambres no pudiese evitarse. "Para las primeras no hay remedio"—dijo—"pero las guerras las hacen unos trescientos o cuatrocientos individuos que gobiernan el mundo y a quienes honramos llamándolos príncipes y ministros".

Con igual veracidad David Hume compara a quienes instigan para hacer la guerra, a bufones borrachos que se aporrecan en una tienda de loza de china y luego tienen fuerte cuenta que pagar. Los enciclopedistas franceses se oponían teóricamente a la guerra, pero en la práctica no eran amigos de la paz, puesto que prepararon la brutalidad de la Revolución.

La Revolución, por el régimen de las masas primero y por la dictadura de Napoleón después, redujo ad *adsurdum* los planes de quienes querían hacer al mundo mejor a viva fuerza. Surgió entonces Immanuel Kant. Este abstracto pensador tremendo arrancó la cuestión del campo de la política práctica y propuso la idea de un Estado pacífico "en sí". Su ensayo filosófico *Zum ewigen Frieden (Hacia la paz perpetua)*, publicado en el 1795, será siempre una obra clásica del pacifismo. De seguro que no es ningún liviano *argumentum ex autoritate* el que un pensador como Kant considere la cuestión de la paz digna de la más honda atención y la resuelva en sentido positivo. Podemos estar en desacuerdo con la filosofía de Kant, con su *Crítica de la razón pura*, y con sus opiniones acerca de la religión y de la ética; pero no se le puede empuqueñecer. El título del ensayo no da idea exacta de su materia, porque nada en él es utópico. Cuno Fischer lo describe con exactitud: "No tiene ni un ápice de débil filantropía ni de sentimentalismo barato, que mal se acordaban con el temple y el carácter de Kant. Hace una clara distinción entre el sentimiento y el entusiasmo. La justicia era lo que él amaba apasionadamente, porque la entendía tan a fondo, y la justicia no es filantrópica y menos sentimental".

Hay algo que Kant no permitía jamás: Que se considerase utópica a la justicia. Su fe estaba en la sentencia *fiat justitia et per eat mundus*, y traducida esa palabra de este modo: Hágase la justicia, así perezcan todos los zánganos del mundo. El realismo de Kant procede de la suposición que "La paz entre pueblos que viven uno al lado del otro no es un estado natural (*status naturalis*)" sino más bien un estado de guerra, aunque no quizás en el sentido que le da Hobbes. La paz, por tanto, debe esta-

Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

Síntomas todos de que su digestión anda mal.

Desaparecen **RAPIDAMENTE** con el uso de la

SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA

blecerse en el dominio de la mente y de la moral sobre la sencilla naturaleza. Y aquí Kant dice vigorosamente que la naturaleza de ninguna manera impele a la guerra, sino que exige paz y reposo. Más tarde Bismarck debía decir que sólo un Estado integrado por ángeles se dejaría influir más por el derecho que por los intereses propios en sus relaciones con otros Estados. Kant de antemano replica a esta objeción diciendo, como dice, que el Estado en su propia organización interna, y lo mismo respecto de otros Estados, los miembros componentes, cuando no son de por sí buenos en un sentido moral, pueden ser obligados sin embargo a comportarse como buenos ciudadanos. "Y esto lo podemos ver,—declara,—en el caso de Estados actuales los que, aunque estén insuficientemente organizados, suscriben ideas de justicia hasta donde pueden, por más que, ciertamente, la verdadera moralidad no sea la razón por la que lo hacen".

Todas las consideraciones que Kant hace respecto de la paz perpetua se prestan a desarrollo y a mejoras. Por ejemplo, exige que los ejércitos en pie sean gradualmente reducidos. "Estado ninguno en caso de guerra,—dice, por lo que vemos que no prevenía un inmediato fin de toda guerra,—se hará reo de actos que hagan imposible la renovación de la confianza mutua una vez que la paz se haya restablecido". Kant ve, en el desarrollo de las formas oligárquicas de gobierno hacia la democracia pura, campo efectivo sobre el que se base la creencia en la abolición de la guerra. Mientras un hombre solo, o un pequeño grupo de hombres, tenga en sus manos los destinos de un pueblo, se irá a la guerra fácilmente, como se hace una apuesta en un juego de azar. "Si, empero, se hace necesaria la decisión de los ciudadanos, es natural que, puesto que a ellos les toca sobrellevar todas las cargas de la guerra, titubeen largo rato antes de emprender nada tan terrible". Por tanto, en opinión de Kant, la guerra será menos posible de parte de una República que de una Monarquía. Su ideal es que los Estados individuales renuncien uno por uno su antigua agresividad, de suerte que por esa vía y gradualmente puedan todas las naciones llegar a constituir un solo Estado. Pero como en la actualidad no están los diversos Estados dispuestos a ceder sus derechos individuales, este sueño de una República universal actuará únicamente en un sentido negativo, evitando las guerras y extendiendo los lazos de unidad humana (*fellowship*). Kant, por tanto, se siente por fuerza satisfecho con sólo una alianza de naciones, en la imposibilidad actual de una unión completa; con una alianza que vele por los intereses internacionales tanto como por los nacionales, en vez de un Estado integrado por todos los pueblos de la tierra. Todo el libro respira idealismo progresista y anchuroso realismo, pero tuvo escasa influencia porque el mundo aún no estaba preparado para recibirlo. Toda una escuela de sabios discípulos de Kant se encargaron, sin embargo, de

que sus ideas a este respecto no se hundieran en olvido. En Francia lo mismo que en Alemania Kant tenía discípulos de esta envergadura. Jean Paul escribió vehementemente contra la guerra. "La desgracia mayor de la guerra, — dice, — es que dos individuos deciden hacerla, pero millones la sufren. Sería mejor que los millones resolvieran hacerla y que dos individuos la sobrellevaran". Hasta Johann Gottlieb Fichte apoyaba las doctrinas de Kant, en sus primeros días, y cuando más tarde predicó una guerra de liberación en sus **Discursos a la nación alemana**, la juzgó un paso adelante en comparación con las guerras dispuestas por los Gabinetes de Estado, y consideró la guerra del pueblo, que entonces se peleaba, como conducente a la institución de un único Estado cristiano.

Después de las guerras napoleónicas, Napoleón mismo, y los otros príncipes, parecen haberse dado alguna cuenta de su responsabilidad, ya que sobre ellos descansaba la paz del mundo. Tenemos prueba de ello en el pacto de la Santa Alianza en que los monarcas de Rusia, Prusia y Austria se comprometieron a gobernar sólo de acuerdo con los preceptos "de la justicia, del amor cristiano y de la paz". Y Napoleón, en Santa Helena, expresaba sentimientos aún más hondos.

Según el testimonio de Las Casas, Napoleón dijo: "La paz de Moscú debía ponerles fin a mis guerras y haber sido el comienzo de la seguridad pacífica del mundo. Un horizonte nuevo, nuevos propósitos llenos de belleza y de prosperidad, se hubieran revelado. Se hubiera establecido el sistema europeo, y, cosa aún más importante, este sistema se hubiera organizado. Yo también hubiera tenido mi Congreso y mi Santa Alianza. Estas ideas me las han robado... La tarea del siglo se hubiera llevado a término, la Revolución se hubiera perfec-

cionado. Cuanto no había sido tocado, se hubiera sometido a mejoras. Esa era mi labor para la que trabajaba. Tenía largo tiempo de venirla preparando. Quizás me hubiera costado la popularidad, pero poco me hubiera importado. Yo hubiera sido el puente entre la Nueva y la Vieja Alianza, el mediador natural entre el antiguo y el nuevo orden de cosas".

Franziskus Stratmann, O. P.

INDICE



OBRAS QUE LE INTERESAN:

Descartes: <i>Discurso del Método</i>	C 4.00
Enrique Díez Canedo: <i>Los dioses en el Prado</i> . (Estudio sobre el asunto de mitología en el Museo de Madrid. Confrontaciones literarias.).....	3.25
John Drinkwater: <i>Cromwell</i>	4.00
Calderón de la Barca: <i>Comedias Religiosas. I: La devoción de la Cruz y El Mágico Prodigioso</i>	3.50
Louis Bertrand: <i>Felipe II. (Un asunto tenebroso)</i>	3.50
Ralph Waldo Emerson: <i>Vida y Discursos</i> . 2 tomos.....	8.00
Dr. Manuel Espejo: <i>Lo que debe saber todo Diabético</i>	5.00
Lion Feuchtwanger: <i>El Estudio Süß</i> ...	4.00
Anatole France: <i>Páginas Escogidas</i> . Selección de Pablo Neruda.....	4.00
E. Erenburg: <i>España República de Trabajadores</i>	3.25
Emerson: <i>Obras Completas</i> . Diez Nuevos Ensayos, 2 tomos.....	8.00
V. I. Lenine: <i>El extremismo, enfermedad infantil del comunismo</i>	2.25
Azorín: <i>Teatro. II: Lo invisible Cervantes o la casa encantada</i>	3.50
Ben B. Lindsey y Wainwright Evans: <i>Matrimonio de compañía</i>	7.00
Dr. Erich Leschke: <i>Enfermedades del Metabolismo</i>	6.00
Dr. Carlos Jiménez Díaz: <i>El asma y otras enfermedades alérgicas</i>	30.00

Solicítelos al Admor. del *Pep. Am.*

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

Rumbo a Goethe

= De Sur. Buenos Aires =

III - Examen de algunas objeciones

(Véanse las entregas 1 y 2 del tomo en curso)

14.—Es característica de la posteridad el ser cambiante, y la fuerza de la gloria ni siquiera queda anulada por esos paréntesis de olvido en que la fama del escritor corre como un Guadiana subterráneo para resurgir lustros después. Por eso no deben alarmar a los amigos de Goethe los puntos de objeción que aquella inmensa personalidad ofrece a los ojos de un contemporáneo. (V. n.º 3). A cien años de distancia, sería necio pretender otra cosa. "Para mí, que vivo en los siglos—decía Goethe—oír hablar de estatuas y monumentos me produce una emoción extraña. No puedo imaginar la efigie del grande hombre sin verla destrozada por un tropel de futuros guerreros. Ya me parece que los fragmentos de la verja de hierro dibujada por Coudray para el sepulcro de Wieland andan entre las herraduras de la caballería. Algo parecido presencié en Francfort. Además, el sepulcro de Wieland viene a quedar muy cerca del Ilm: con que el río siga torciendo su curso durante un siglo, llegará hasta los muertos" (Eck., 5-VII-1827).

Pero la reacción, de suyo, exagera. El que insiste, por ejemplo, en el tenaz individualismo de Goethe, que parece alejarlo de nuestra época, dada a las soluciones colectivas, olvida las utopías sociales del *Meister* (v. n.º 12), donde Goethe expresamente declara que sólo constituyen humanidad todos los hombres juntos; olvida la constante preocupación de Goethe, revelada en sus conversaciones, por armonizar al individuo con la comunidad. (Eck., 20-IV-1825). Ciertamente es que Goethe no previó el sentido de nuestras revoluciones sociales: esperar lo de él sería llevar la prueba al absurdo, repitiendo el error simbólico de Spencer, cuando cerraba la *Ilíada* con despecho porque no le daba argumentos para su Teoría de la Evolución. — Nuestra época se siente angustiosamente solicitada hacia el problema de la comunidad, y Goethe se confinó a laborar sobre la materia prima de la comunidad, que es el individuo. Lo uno sirve a lo otro, y si estas dos funciones no se completan entre sí, será que se las ha sacado de quicio, será que se está en plena locura.

Hay dos caminos geométricos: o buscar el centro de gravedad en lo íntimo del objeto mismo cuyo equilibrio se procura,—y aquí estaría toda la mística: "De modo, Señor, que estabas en mí; y los sentidos no lo sabían!";—o buscar el centro de gravedad partiendo desde el exterior del objeto, de los cuadros de referencia ambientes,—y aquí estaría la política: que organice cada cual su vida de modo que el rendimiento social sea máximo.—Goethe se encuentra en un punto equidistante de la mística y de la política. No sale de sí, en verdad; todo lo trae a sí. La "vis centrípeta" domina en

él a la "vis centrífuga", como lo escribía en sus cartas a Herder. Ha adoptado, con respecto a sí, la misión de un educador. Eso mismo, lo obliga a referirse constantemente a todos los órdenes de la realidad exterior, a todas las artes y las ciencias. Lo que a él le importa, como a su *Ifigenia* (y como, antes, a nuestro Ruiz de Alarcón), es cumplir con la verdad. Trátase, apenas, de un matiz, pero de trascendencia enorme. No se diga que hay que sacrificar el individuo a la comunidad, explica Goethe, porque esto no tendría sentido y la comunidad devoraría a sus criaturas como Cronos. Sino que el individuo debe sacrificarse a sus propias convicciones, siempre que ellas sean justas, convenientes y útiles a la comunidad. El bien de la comunidad es la consecuencia y no el principio de la conducta. Si fuera de otro modo, "en atención al vulgo yo tendría que ponerme a hacer cuentecitos y a burlarme de la gente como el difunto Kotzebue" (Soret. 20-X-1820). A la postre, se busca siempre igual resultado, aunque la estrategia sea diferente: se trata, en los tres casos—los dos extremos y el centro representado por Goethe—de rendir una ciudadela. ¡Ay de los que quieran rendirla con meros esfuerzos de imaginación, adentro de su propia cabeza, y sin acudir al deber, que está en las manos; a la actividad exterior, que para algo nos fué dada! ¡Ay de los que quieran vencer con armas que se les van de las manos, por falta de adiestramiento personal! Al paso que cada individuo se corrige a sí propio, va anulando en maravillosa proporción el problema social. Tal pudiera ser nuestra moraleja sobre Goethe.

15.—La actitud antigoethiana por excelencia consiste en pedir peras al olmo,—como dice la gente.—Que si la persistente emotividad erótica de Goethe es o no simpática a nuestra era de realismo amoroso (y tal parece que no hubiera siempre enamorados, aunque cambie el lenguaje); que si aquel helenismo fundamental sirve de algo al fácil expresionismo de nuestros días (y, de oírlo, cualquiera pensaría que sólo puede haber una estética y un estilo)... ¡Qué más! Algunos se preguntan si en la edad de *Rien que la Terre* no resulta anacrónico el filósofo lugareño, el sedentario de Weimar. ¡Y no se acuerdan de su juventud, de sus viajes, de su convivencia con todo el ambiente de la época! Nada queda más lejos de Weimar que la torre de marfil de los decadentes. Goethe escribía para todos: "Quien no espera tener un millón de lectores, que no escriba una línea". (Eck., 12-V-1825). Nada le era ajeno en el espíritu. No digamos ya a Inglaterra, a Francia, a España, a Italia: lo mismo se asomaba a

los motivos del folklore serbio que a la novelística china o a la educación religiosa de los mahometanos (Eck., 18-I-1825; 31-I-1827, y 11-IV-1827). Todo lo abarca panorámicamente. Anuncia que las literaturas alemana, inglesa y francesa se corregirán mutuamente por el contacto (Eck., 15-VII-1827). "Hoy la literatura nacional no significa gran cosa—se adelanta a decir—. Llega el momento de la literatura mundial, y todos debemos contribuir a apresurar el advenimiento de esa época" (Eck., 31-I-1827). ¡Me cuesta creer que el aviador Lindbergh concibe la tierra bajo especie más universal que el "sedentario" de Weimar!

16.—Otros sienten alejarse de Goethe en cuanto nada tiene de santo contorcionista. En efecto: no hay milagrería mística en él, de ésa que ahora es tan buscada. Goethe se detiene con respeto en las fronteras de lo sobrehumano, para lo cual el Creador no le dió recursos, y cumple entretanto su deber con lo humano. Su contemplación de lo divino es pudorosa y callada. "No nos conviene meter nuestras manos en los secretos de Dios" (Eck., 15-X-1825). En él no hay extremos ni exhibiciones. Los ligeros hasta piensan que no hubo en él heroicidad. ¡Como que la energía de normalidad es lo más sobrio que existe! Consume elementos mil veces más abundantes que la otra, y no deja ver el esfuerzo. Escondiendo siempre las entrañas, la naturaleza nos la predica. Sus leyes son la virilidad y la gracia.

17.—A aquéllos, contribuye a alejarlos de Goethe cierto narcisismo que encuentran en el fondo de su conducta. Nos cuenta los trajes con que lo vestían de niño y que se le han quedado en la memoria. Nos confiesa que se alejaba de sus pequeños camaradas cuando no le parecían bellos. Inocentes síntomas de una sed estética en desarrollo; primeros pasos en la senda platónica hacia la belleza de las bellezas; manifestaciones incipientes de una alta virtud, que es desatentado juzgar con severidad definitiva. Se recrea en evocar sus blandas hazañas de patinador ante el arrobo de su madre; pero ¿quién no mira con emoción, desde la atalaya de la vejez, las horas de la triunfante juventud? ¿Quién no procura ennoblecer el recuerdo, para desquitarse en algún modo de que sólo sea un recuerdo? A lo largo de su *Poesía y Realidad*, despliega, saluda y recibe cada uno de sus instantes vividos, aderezando siempre para ellos un principesco cortejo de respetos y consideraciones. ¿Narcisismo? Efecto del arte, que pone destellos de amor en lo que toca. ¿Narcisismo? ¡Cuidado! En el seno de tal censura, se agita un vago

complejo de envidia, o digamos de resentimiento, si preferís la palabra de Nietzsche esgrimida por Max Scheler. El que supo interesarse en la vida por la vida misma, no tuvo más índice ni más materia que su propio ser para probar el sabor de la realidad. "Un changement dans sa coiffure devient l'occasion d'une assez longue explication", nota Michel Bréal. Esta atención para sí mismo se confunde con la atención para la vida. ¿Qué es la vida sino mi vida? El practicó los Ensayos mucho más de lo que admite Loiseau, y pudo decir con Montaigne: yo me soy mi física y mi metafísica. No sería más grande por ignorar su grandeza, aun cuando lo elogiaran entonces algunos desdichados que confunden la virtud con los "premios a la virtud". El ritmo goethiano lo condenaba sin apelación a conocerse y apreciarse en lo que valía. Quién sabe si la complacencia con que a veces trata de sí mismo sea sólo un resultado del bien entender y el bien escribir. Ampère, que lo visita en 1827, no halla en él suficiencia ni afectación, sino una mezcla de sencillez y de calma, y "una candorosa conciencia de su gloria que no era nada desagradable" y que casaba armoniosamente con su cabellera encanecida y su bata blanca. Equiparar con él al apreciable Tieck, como querían los hermanos Schlegel por tal de buscarle una contrafigura, le resultaba a Goethe tan descabellado como querer equipararse él con Shakespeare. "Puedo decirlo abiertamente, porque no es mía la culpa: no soy yo quien me he hecho" (Eck., 30-III-1824). Lo que en torno a esto charlen las comadres ¡qué importa! Son murmuraciones de escaleras abajo.

18.—Pero hay otro más grave capítulo de acusación, y es lo que he llamado, confesando sin ambages mi desconcierto, el prejuicio olímpico.—"Y puesto que hemos tocado—escribí hace años en *El Suicida*—las curiosas limitaciones de Goethe, elijámoslo como símbolo para definir aquel prejuicio sentimental que consiste en rehuir el dolor. Tal prejuicio—el prejuicio olímpico—era otra de sus cualidades, o por lo menos, así nos lo asegura él. El espectáculo de la an-

gustia humana no pudo nunca arrebatarlo. Le faltó lo que él mismo llama, analizando los dramas de su amigo Schiller, la fuerza de crueldad. Si por algo dejará de ser un guía en el pensamiento contemporáneo, es por eso. "—Y añadía yo después, entre impertinente y sutil: "Sin embargo, tenemos derecho a pensar, aunque él no lo declare, que el prejuicio olímpico no lo dominó en su juventud: difícilmente lo avendríamos con *Werther*. Quizá—junto con otras condiciones que acaban por hacer de él, a ratos, un mero continuador del siglo xviii—trajo ese prejuicio de cierto inolvidable viaje a Italia, menos provechoso que deseado".

He vuelto sobre mis palabras. Es muy imprudente hablar de Goethe. Siempre se tiene la impresión de que se está improvisando. Siempre parece que descuidamos toda una faceta de su espíritu o de su obra. La excesiva contemplación del Goethe marmóreo de Eckermann lleva a olvidar el Goethe de carne y hueso. El Excelentísimo Señor Consejero sólo ofrece a su rendido discípulo los aspectos más académicos de su persona, ocultándole por ejemplo todo el humorismo y la pasión. A tal grado, que Eckermann no tuvo nunca noticia de que la afección cardíaca y la tos convulsiva que Goethe contrajo a su regreso de Marienbad eran imputables a los desaires de la joven Ulrica de Levetzour. Ante Eckermann, Goethe se ensaya para la eternidad, habla de ideas y de libros, de cuadros, de actores, de la historia y de la tragedia griega, y no ve el objeto de explayarse sobre sus desdichas humanas. Hay que atemperar esta imagen con otros testimonios contemporáneos. Eckermann, aun cuando sea el más encantador y ameno de los testigos, no pasa de ser el fiel discípulo, el que a veces querrá tomar a la letra las salidas de su maestro, y sacrificar real y positivamente un gallo a Esculapio como en el cuento de Clarín. Riemer era demasiado misántropo y, sobre todo, misógeno: sus documentos son fruto de una selección intencionada. El Canciller Müller, que miraba al Consejero de igual a igual, nos presenta ya un Goethe con nervios y con temperamento, gra-

cias a Dios. Falk tiene mucha miga, aunque hay que leerlo con reservas. El hijo de Voss es figura del deslumbramiento juvenil ante el dios de Weimar. Soret, que sin duda—como quiere Robinet de Cléry—tendría en su tiempo mucha más personalidad que Eckermann aunque no lo valga en el encanto de los relatos, nos da, en su francés ginebrino, un Goethe en discusión y en contraste, un Goethe bajo las objeciones y en el "tac-au-tac" de las respuestas. Y aun las observaciones del médico Vogel, de Juana Schopenhauer (madre de filósofos algo literata y pedante) o de Boisseree que logró despertar el interés de Goethe hacia el gótico cuando fué a trabajar en la Catedral de Colonia, nos ayudan—en la colección hoy tan accesible de Amann y Walz—a completar la imagen del hombre.—¿De mármol el que no descansó un instante durante los cuarenta días que su amigo Moritz pasó tendido con una pierna fracturada? ¿El que hacía para el paciente los movimientos que a éste le eran vedados, ocupándose tanto de aliviar su cuerpo como de distraer su ánimo? ¿El que no descansó hasta juntar a todos los amigos de la colonia alemana y establecer entre ellos un turno para guardar al enfermo a toda hora? (Moritz, XII-1786 a I-1787). ¿De mármol el que era capaz, por piedad para una anciana, de hacerla contar, larga e inacabable, todas las proezas de su nieto y los muchos cuidados de su menaje doméstico? (Barón de Schuckmann a Reichardt, VIII-IX-1790). Sino que el grande hombre despide de sí cierta aura que, a los no habituados, les causa extrañeza y malestar. ¿Habéis frecuentado grandes hombres, que lo sean de veras? ¿Qué contradictorios los encontramos! ¿Cuánto nos desazonan a veces! Como son mayores que nuestro abrazo, nos vengamos como podemos declarándolos inaccesibles o fríos, a veces hasta inmorales. Lo que pasa, también, es que el hombre visitado por los viajeros en calidad de maravilla pública, tiene que adoptar ante ellos una postura estática, cómoda, por economía y por higiene:—y les muestra sus colecciones osteológicas con un gesto rígido, para que cuanto antes se aburran y se ahuyenten, y lo dejen solo con el águila que lo atormenta y lo acosa.

Pero es ridículo defender la emotividad de un poeta cuya obra es el mejor alegato. A esto nos reducen los que se empeñan en juzgarlo como a persona de cuya sensibilidad no tuviéramos la menor manifestación directa. Quienes citan sus frases sueltas, desvirtuándolas paradójicamente para sacar conclusiones arbitrarias, harían mejor en leer sus libros.—Tampoco pasa de ser una idea maniática eso de reducir una vida de ochenta años a una sola actitud premeditada y metódica. Goethe es, al fin y al cabo, tan ondulante y diverso como todos los hombres. Hérenger insiste con razón en la fascinación que Byron ejerció sobre Goethe. Byron fué la última pasión del anciano. Su comprensión casi paternal para el arrebatado caballero inglés nos descubre abismos. "¡Lanzáos en plena vida humana!", grita des-

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado.

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

de el prólogo del *Fausto*. Y más adelante: "¡Amo al que codicia lo imposible!" En verdad, la vida de Goethe es una larga sed. Hérenger siente que toda ella queda ilustrada por esta máxima terrible arrancada a la *Poesía y Realidad* (L. XII): "El objeto único del deseo es lo inaccesible".

Y vuelvo ahora al tema de Italia. ¿Cómo pude, hace quince años, desconocer a tal punto el viaje de Italia? Aquel viaje significó para Goethe el descubrimiento de la luz, la luz meridional que tiembla como vapor divino en las telas de Claudio Loreno, desde entonces ya comprensibles a sus ojos. La profundidad con claridad, el secreto de la *Odisea* y el secreto de Grecia, se le revelaron ante el fulgor de las aguas sicilianas. En su constante investigación del orden, ha presentido que el orden es la ley latina, y va a comprobar su presentimiento sobre la materia viva de Italia, con aquella necesidad que tenía de ver las ideas encarnadas y operando en la naturaleza, —en tanto llegaba a descubrir que el arte tiene sus normas exclusivas. De paso, rectificará una dirección equivocada, y al renunciar, por consejo de Italia, a la pintura, depurará para siempre su propia vocación. (Eck., 20-IV-1825). Italia—explicaba a Schiller en su primera conversación—"vive en los goces del presente, porque la dulzura y fecundidad de su cielo simplifican las necesidades y hacen fácil satisfacerlas". Si los napolitanos no trabajan todo el día, es porque no les hace falta. (Schiller a Koerner, 7-IX-1788). Pensando en la labor oculta que esta lección de sencillez fué haciendo en la mente del poeta, me figuro que gracias a Italia llegó, años más tarde, a aquellas concepciones desnudas y esenciales que son, en el orden de lo visible, un parangón de la reducción fenomenológica de Husserl:—Por abril de 1827, paseaba por la carretera de Erfurt y exclamaba de pronto: "Siempre lo he dicho y ahora lo repito. El mundo no podría subsistir si no fuera tan sencillo. Este miserable suelo soporta con igual vigor las cosechas desde hace miles de años. Un poco de sol y un poco de lluvia bastan para hacerlo reverdecer a cada primavera, y así será perennemente". Dondequiera que Goethe reduce a sus líneas maestras una maraña de ideas e incorpora, por decirlo así, su explicación en un objeto palpable, parece que se acuerda de Italia. La explicación, la comprensibilidad de la naturaleza, son para él una función de la hermosura visual. El paralelo que solía hacer entre el aspecto físico de los italianos y los alemanes es ya bastante expresivo de lo que encontró y adquirió en Italia: "La mano de Dios es menos legible en un rostro alemán que en un rostro italiano"—le decía a Falk (17-VII-1792).

En todo caso, la génesis del prejuicio olímpico que lo hace nacer del viaje a Italia es completamente falsa. El sentido olímpico era una de las dimensiones de ese universo, latía para siempre en su nebulosa, y se despejaría poco a poco, por entre la maraña de atracciones enfermas, purgando y descargando de una vez para siempre—en el *Werther*, ya lo

sabéis—todo el magnetismo de las lágrimas y la sentimentalidad destructora. El *Werther* es el lastre arrojado—precioso lastre—para poder subir. Si hoy es moda fascinarse ante el espectáculo de la propia disolución, o si el feísmo se cotiza en la estética, o en la ética de algunos cierto mal olor pasa por prenda estimable, tanto peor para nosotros, hijos de una era plástica en que los elementales tienen que mezclarse otra vez para formar de nuevo la imagen ideal de la especie. No es culpa de Goethe, sino de nosotros seguramente, o mejor de nuestro tiempo.—Pero como cada uno tiene razón, lo mejor es justificar a Goethe en sí mismo, tratar de entenderlo como un todo, y luego usarlo de criterio: aplicarlo a las cosas de hoy para ver la refracción que sufren y el nombre que entonces confiesan, ponerlo a crecer en nuestro terreno, sujetarlo a los influjos de nuestro clima, al contraste del dolor que es tan de ahora y tan orgullosamente nuestro.

¡Lástima que la prueba sólo pueda verificarse metafóricamente! Averiguaríamos entonces que la serenidad, aquí como en todo, sólo se distingue de las inquietudes en ser una inquietud de orden todavía superior, que a todas ellas circunscribe. En esta capacidad de construcción clásica, acontece con la moral lo que con los versos. Los versos del *Torcuato Tasso* quedan labrados firmemente de modo que parezcan inmóviles; pero los recorre por dentro una potencia explosiva capaz de dinamitar montañas. Consecuencia del pensar bien y escribir bien: el dolor como que se regocija en la expresión acabada, como que se remansa después de la catarsis. (V. n.º 9). ¿Quién habla de rehuir el dolor? Se le ha dominado, se le ha reducido a mejor categoría: tal es el secreto del arte. Goethe nunca dijo ni dejó entender, como el jesuita Gracián, que la mala suerte se contagia y que hay que huir de la desgracia del prójimo. Simplemente, no quiere gastarse en desperdicios. ¿El dolor? Sí; cuando saca el alma afuera y la pone a obrar en su natural oficio trágico. Pero no haya atención, no haya compasión ni haya piedad para el dolor como mera delectación morosa. El dolor de muelas hace daño sin engrandecer: pasemos adelante! Lo que no propulsa la vida, sólo merece la condenación de los justos. La Escuela de Sabiduría de Darmstadt ¿no aconseja poner el acento

sobre la sílaba más fecunda de cada existencia particular, y sólo sobre ella?—En su asco de toda disgregación y toda podredumbre, Goethe se nos manifiesta como un bienhechor del espíritu.

Alfonso Reyes

(Concluirá en la próxima entrega.)

Testimonios

Hay gente a quien le crisan los nervios los intelectuales; oír hablar de intelectuales. En el fondo es el horror a la funesta manía de pensar. Sólo que como esta extravagante manía está hoy en mejor opinión que en los buenos tiempos de Fernando VII (el Rey nacional, según alguno), vale más que acometerla de frente, meterse con los que piensan.

Son unos majaderos, unos presumidos; ¿habrase visto la pretensión de discurrir con la propia cabeza en vez de valerse de esos hermosos lugares comunes compuestos de un poco de patriotismo barato, otro poco de clasicismo de pacotilla y alguna ironía de ciento al cuarto, contra la sensibilidad, contra la civilización?

Se necesita ser... un intelectual para desdeñar esos lugares comunes tan cómodos como unas zapatillas viejas y tan útiles como un certificado de buena conducta mental. Cualquiera gacetillero, autor de cuatro groseras facecias que desdeñaría un oficial de peluquero ocurrente o un mozo de café leído, se burla de los intelectuales. ¿Qué le dice a un hombre así el nombre de Ramón Menéndez Pidal, por ejemplo? Naturalmente, nada.—Andrenio.

La importancia de un hecho no radica en su volumen ni apariencias como tampoco la importancia de las personas. La importancia de personas, cosas y sucesos se relaciona con sus posibilidades, con su energía o aptitud para influenciar otras personas, modificar otras cosas y esclarecer otros hechos cuando no engendrarlos. Un grano de pólvora es más importante que un grano de arena; y uno de trigo más importante que el de pólvora. Un hecho es como un nudo en donde se reúnen hilos que vienen de diversas direcciones: cuantos más hilos, mayor importancia. Las vidas estériles, sordas, inútiles, son como un hilo que se va anudando sobre sí mismo, sin atar nada, sin unir nada. Los hechos estériles son nudos de un solo hilo.—Ramón Pérez de Ayala.

LOS
EXPECTORANTE ORIENTAL

Enrique Díez-Canedo

= De El Mercurio. Santiago de Chile =

Ha debido costarle mucho a Díez-Canedo la información de nosotros: los mejores de aquella orilla no mandan libros y, en cambio, según me contaba Ortega y Gasset, llueven en avalancha sobre la Península los libros malos, los que no confiesan el suelo de donde vienen ni traen un hueso que diga textura americana.

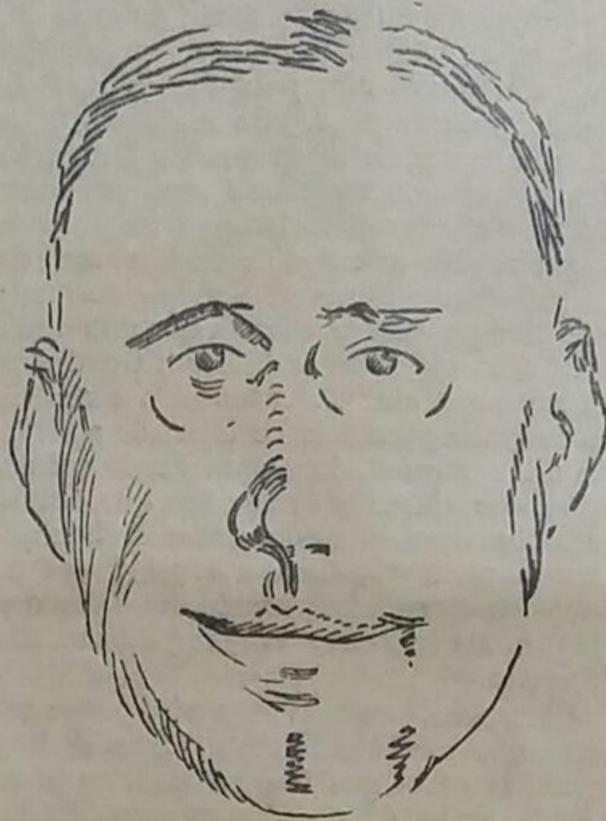
Las paciencias y las búsquedas que se ha dado el crítico madrileño para hacerse el mapa cabal de nuestros veintidós países, con su anotación prolija de géneros, escuelas y escuelillas, lo mismo que su excelente biblioteca que le cuesta diez años de acarreo, son cosas que le pensamos para estimárselas en toda su significación y que le seguimos alegremente. Alegremente, digo, porque la única prueba de cariño que nos convence en el extranjero es la exploración verdadera y fructuosa, que se cumple sobre nosotros. Lo demás, comidas corteses, artículos vagos de vaga información y hasta condecoraciones, son puras natas mundanas que nos dejan hambreada la profundidad.

Díez-Canedo nos ha aplicado su procedimiento general de crítica, cuidándose de usar esa manera de trato que es la adulación metropolitana de las colonias, cuando se las quiere ganar. Su elogio parco, de parquedades castellanas, ha dicho bien de lo bueno que tenemos, sea Alfonso Reyes o Eduardo Barrios, y su moderación inteligente ha trazado el contorno del juzgado mejor de lo que un vehemente lo da con su golpe grueso de carbón. Su descontento respecto del autor que le sabe a desabrido, lo dice siempre sin acideces malas y de esta contención para el dulce como para el amargo le viene su bonito apodo de crítico-caballero que en América le damos.

Dicen que a una raza hay que buscarle su gesto mejor y peor en el archivo de su pintura, donde tiene que estar y que la vista de ese gesto feo y de ese noble, le puede curar su vicio y nutrirle su virtud. Algunos le contamos a España, como su ademán representativo la mano del Caballero del Greco. Ella es ardiente con delicadeza; ella es sensible pero no histérica y el gesto que hace es tan fino que... no gesticula. Mirándola se sabe que ella se dará cuenta de lo que palpe, así sea un cabello, que no apretujará lo que toque, con arrebatos, y que menos lo ofenderá con una palma fría.

La obra de Díez-Canedo, la de otros de su "rayo", sea Azorín o Pedro Salinas, caen en el orden de la mano del Caballero.

Cuenta la labor juzgadora del madrileño entre las cosas más delicadas que presenta la España literaria, y nos dice una de esas formaciones espirituales complejas del hombre ibérico, tenido por criatura de dibujo primario. Díez-Canedo posee el gusto liberal y exquisito, lo que sería un grave conflicto para otro. La liberalidad lo lleva a aceptar cuantas



Enrique Díez-Canedo

Dibujo de Moreno Villa

piezas le caen a su casa todos los días, llevadas por la mano del cartero de Antonio Maura. Los críticos liberales padecen terriblemente las consecuencias de la puerta fácil y de mucho consentir en informarse, acaban aceptando el bloque y se vuelven el liberal chocho, el abuelo diabético, echado a perder por su miel. El exquisitismo, de otra parte, se trae su remilgo de dama engreída que juega siempre al pinino y que al fin aburre.

Díez-Canedo carga todavía con otra desventaja para arribar al aprecio: ha leído mucho y de muchos partes; lo ha leído todo, en poesía, en teatro y novela, y pudiera tener ese derecho a desdeñar y a ser soberbio que es particular de los sabios hastiados de excelencia y que se le parece a la acedia molestia de los bebedores de vinos próceres.

De los dos riesgos grandes, liberalismo y exigencia subidos les ha librado su inteligencia, Angel Guardián muy vigilante.

Pensando en la acción de oler y gustar almas, de que habla D'Annunzio, de que habló mejor José Martí, y que es antojo que a todos nos punza, buscábamos el regusto que nos da esta alma curiosa de Díez-Canedo (El nos perdona el juego). Parece que el de la manzana, fruto popular gracias a los médicos recomendadores, pero que nunca ha sido de mucha venta en el mercado. Ella no huele atolondradamente, como la naranja competidora; ella no sabe en la demasia del mango; ella no se funde adulosamente en la boca y hasta es un poquito esquiva por sequedad; el mismo perfume del lindo pellejo, ella lo da bien sólo cuando se le quema. El agridulce suyo, la casi aridez de la pulpa y el aroma retenido, son un símbolo de la con-

tinencia, que hemos desperdiciado de usar a causa de que el mito nos ha echado a perder; a la muy casta fruta con una alusión precisamente opuesta a la de su índole austera.

Tienen que realizar muchísimo bien estas almas parcas en la expresión para que ello se vea, y cuando llegan a ser conocidas en muchos pueblos, como es el caso, quiere decir que el tamaño del beneficio es tan crecido que rebosa a pesar de ellas, que las gentes se tropiezan con su servicio por todas partes y tienen que parar mientes a pesar de su incompetencia para oler y gustar frutos no capitosos. Sin embargo... pagan su sobriedad y purgan su virtud estos espíritus con una larga indiferencia de los suyos que los cerca y a veces los agota.

La crítica constante y regular del madrileño nos ha hecho todavía un bien mayor que el de presentar nuestra literatura a los españoles: ella ha ido creando lentamente en nuestra América una modalidad de juicio sofrenada y una sensibilidad más despierta para leer. Gracias a esta escuela de crítica, como a la de Alfonso Reyes, ha amainado muchísimo el matonismo de opinión en el que estamos atollados, especie de ritmo de fusta y de pedrada, convenciéndonos ambas de que la crítica no se diferencia gran cosa de las otras formas de convivencia, y que ella requiere, como cualquiera, trato humano, hidalguía e ingenio en porciones iguales.

Un señor con estas maneras sociales de manejar lo propio y lo ajeno andábamos buscando algunos sudamericanos de París, para que nos ayudase en la labor de un Comité de la Sociedad de las Naciones que escoge y traduce libros nuestros al francés. Naturalmente, nos acordamos del crítico español, y allá le llevamos a trabajar con nosotros donde su consejo nos ayudó en cada acierto. (Vuelve a hacernos falta en la empresa que hemos reanudado y su Secretaría de Estado haría bien en enviarnoslo a las nuevas discusiones).

Cuando Díez-Canedo ha ido a la América, otra lección delicada ha llevado después de la cumplida con su labor crítica: sus calidades de conferenciante docente.

Después de haberse gustado mucho por allá de los discursos cargados de altisonancia de sentido y de garganta; después de habernos sumergido hasta el cuello en la excrecencia del hongo romántico, así francés como español, nos ha venido el santo disgusto de la exageración, la repugnancia hacia el tema copeteado de claras batidas. Darío primero dijo la fórmula de curarnos y González Martínez la fijó. Sin embargo, quedan rezagos de la plaga, y el conferenciante tiene que optar heroicamente entre la renuncia a la ovación y el contentamiento de los pocos, o el éxito dramático de manos y pies al aire.

(Pasa a la página 42)

VIAJEROS EN ESPAÑA

H. G. Wells sigue sin descubrir el Mediterráneo

— De El Sol, Madrid —

El azar ha querido que yo coincidiese tres veces con Mr. H. G. Wells en lo único en que podría coincidir: en encontrarnos ambos en un mismo lugar geográfico. En Portugal, en Francia y en España pude presenciar su paso, entre doble fila de admiradores, bajo arcos y gallardetes de bienvenida. A donde quiera que vaya, va con él la apoteosis, en forma de banquetes y recepciones, entrevistas y visitas de ministros. El éxito le saluda en todos los idiomas, sea cual fuere la latitud que alcance. En esto no ha constituido España ninguna excepción. Y en el hecho de que aquí se haya recibido a Wells con la misma beatitud que en los demás pueblos de Europa, debe comprobar el viajero, por propia y feliz experiencia, cómo se equivoca al suponer a nuestra patria ajena a la cultura o la incultura europea.

Pero el que Wells se equivoque no es cosa, en verdad, infrecuente. El se ha equivocado siempre en todo lo que ha dicho. Y quizá a esa innata predisposición para el error deba el famoso sociólogo su celebridad sin eclipse.

Hay prestigios — aunque en nuestra época no abundan — que se logran a fuerza de creación y, por decirlo así, contra corriente. Hay otros — y de este tipo es Wells perfecto ejemplo — que se consiguen, precisamente, por incapacidad creativa. A Wells le debe costar trabajo no pensar como piensa todo el mundo. El coincide, naturalmente, sin esfuerzo, con grandes masas, porque su espíritu está amasado con fermento de tónico.

Cuando se desmonta la ideología de Wells es fácil percibir que todos sus componentes proceden del cientificismo ochocentista. La sustancia básica de su pensamiento es el eterno empirismo británico. Añádase a él un poco de biología darwiniana, con gotas marxistas. ¿Qué resulta? Sí, ya lo sé. El precipitado puede parecerse a la blanda, burguesa y liberal filosofía de Spéncer. Pero Wells no es sino un Spéncer con cierta imaginación brillante, dotado, por añadidura, de una gran facilidad comunicativa.

No se trata de regatearle méritos al periodista. Pero conviene precisar su sentido y su alcance, para saber si las dotes del expositor sirven para enaltecer o para rebajar la vida. Se ha dicho, con razón, que el estilo de Wells es un espejo. Sus párrafos adquieren, en ocasiones, la transparencia del vidrio. Como el cristal, Wells aspira a la reproducción neutra y objetiva. Pero, todavía, ¿qué reproduce? No lo que de profundo y de grande contiene la existencia; antes lo superficial e inmediato, lo que se ofrece a primera vista.

“Yo no soy — suele él repetir — más que un vulgarizador”. Cuanto cumple para vulgarizar a la perfección, Wells lo posee. Pena que este vulgarizador sea, de arriba abajo, hombre de ideas



Mr. H. G. Wells
Caricatura de García Cabral

H. G. Wells, educador del mundo

Al publicarse recientemente la nueva obra de Mr. Wells, *El trabajo, la riqueza y el bienestar de la humanidad*, apareció en el *Times*, en la columna diaria de *Callisthenes*, el siguiente comentario que traducimos por estimar que condensa perfectamente un juicio certero sobre el gran escritor y su magna obra:

Creemos que H. G. Wells está ejerciendo una influencia sobre la educación del mundo acaso mayor que la de cualquier otro hombre actualmente vivo. Parece ser casi el único escritor dotado de la visión, de los conocimientos, de la capacidad de trabajo y del valor necesario para mostrarse a la altura de estos años de postguerra.

El mundo está despertando de su nacionalismo estrecho y febril y adquiriendo una nueva conciencia. Las comunes aflicciones que sobre nosotros se abatieron durante la guerra, los desastres económicos comunes que venimos padeciendo en estos tres años últimos, han hecho surgir en la mente de millones de seres una visión, vagamente formada, de la humanidad en conjunto lanzada en una común aventura: una aventura que tiene el orbe como teatro y mil generaciones como duración.

H. G. Wells parece predestinado a dar forma y expresión a esta nueva conciencia del mundo. Mucho antes de la guerra pensaba ya en términos mundiales, y manifestaba una pasión ardiente por el orden y la unidad en amplia escala. Nació con dotes de imaginación y de valor. Adquirió un estilo de fina lucidez y gran variedad. Lo leía todo. Supo mantenerse alejado de las capillitas de Oxford, de Chelsea o de Fleet Street. (N. de la R.: los círculos universitarios, artísticos y periodísticos).

Y entonces, en el momento oportuno, salió

(Pasa a la página 42)

vulgares. Avulgara cuando vulgariza. A Torcuato Tasso llamaba Goethe poeta, porque ennoblecía lo común, elevándolo a los más altos rangos. Wells, por el contrario, democratiza lo distinguido. Pone los temas solemnes al alcance de todas las fortunas. Vende perlas a precios ruinosos, a 3,50 el collar, como los chinos. Para ello, previamente las falsifica.

Un último escrúpulo me hace reconocer, sin embargo, que todo no es falso, en Wells. A veces, sus conclusiones son verdaderas. Ahora, que en este caso no son valiosas, porque proceden de principios erróneos o confusos. Lo verdadero y lo valioso no se identifican siempre. Parece ser que los duros sevillanos contienen más plata que los auténticos. Los libros de Wells son exactamente lo contrario de los duros de Sevilla. Tienen más cosas veraces y útiles que otros libros buenos. Pero no valen lo que ellos, porque en un pensador lo importante son los principios teóricos, no sus consecuencias prácticas y positivas. Wells da, sin duda, consejos útiles a los países cuando predica la unión económica, el derrumbe de las aduanas y la solidaridad política. Pero, ¿qué le lleva a aconsejar así? Su idea de que el hombre es, por esencia, un ser operante y práctico, o, lo que es igual, su concepción pragmatista. Esta es la que no podemos aceptar, por falsa. El pragmatismo hace depender el pensamiento de la utilidad. A la supeditación del pensamiento con respecto a lo útil llama verdad. A esto, precisamente, llamamos los demás mentira.

De una mentirosa concepción de lo eterno deriva Wells advertencias convenientes para lo temporal. Cosas eficaces en el momento presente. Pero de una eficacia momentánea y pasajera, condenada a fugacidad irremediable. Lo que no se funda en lo esencial, pronto perece. Si la humanidad se uniese hoy por común conveniencia económica, se desuniría mañana. Porque los intereses cambian, se modifican y pasan. Lo único que no pasa nunca es la verdad.

Wells no cree en la verdad. Alguna vez se ha llamado a sí mismo nominalista. Consecuente con su nominalismo, supone que tras la aparente variedad de los individuos, tras los hechos diferenciales, no hay nada común, no hay nada debajo, porque no hay nada arriba. Si fuese enteramente lógico, Wells debería concluir que la unión de los pueblos es imposible a la larga, renunciando a su generoso pacifismo y a su inconcreta fraternidad universal.

Lo característico de este escritor es su incompreensión de los valores religiosos. No vale querer sustituirlos con una vaga mística de lo económico y con sonámbulos anhelos filantrópicos, al modo de las sufragistas de su país. Lo religioso queda ausente de su mundo. Y

porque no comprende lo divino, se impide Wells comprender lo humano.

Cuando se define al hombre como un animal técnico—"the tool-using animal"—se cierra toda posibilidad de comprensión de aquello que en lo histórico eleva a la criatura sobre la oscuridad zoológica y la organización inmediata, para convertirlo en inexhausta aspiración de plenitud espiritual.

No, pues, por casualidad, sino por necesidad, H. G. Wells yerra al juzgar los grandes acontecimientos históricos, que han sido acontecimientos del espíritu. Roma le parece "un Imperio colosalmente ignorante, que no supo prever nada y murió por estrechez y falta de imaginación". Jesucristo ha sido un gran maestro—"con intenso magnetismo personal"—que enseñaba nociones éticas semejantes a las del chino Mo Ti. El descubrimiento de América fué una verdadera "desgracia para la ciencia, porque los españoles eran hombres sin el menor espíritu científico, meros aventureros sedientos de oro".

Así, al cabo de tantos miles de páginas y tantos miles de millas, Mr. Wells sigue sin descubrir el Mediterráneo—romanidad, cristianismo, hispanidad continuadora—. Para eso no valía la pena de "fugarse de los prejuicios del nacionalismo inglés". Para volver a los más desacreditados tópicos del siglo XIX.

Qué lejano este siglo próximo. Qué lejano este Wells, ahora en España. Nosotros, Wells, somos más modernos, porque somos más antiguos. Somos de la "old merry England". Nuestro grito es el grito de las Cruzadas. San Jorge por la alegre Inglaterra.

Eugenio Montes

La herrería

— Envío del autor —

Yunque, fragua, martilleo,
brasas, humo y alegría
de batir hierro: clan! clán!
así veo,
en mi pueril fantasía,
la herrería de don Froilán!

Nació el día
en la herrería
sobre el yunque ya sonoro,
sonoro como campana
que alegraba la mañana,
y entre las llamas de oro
del carbón
que en la fragua se volvía
pedrería
de granada abierta al sol,
Don Froilán
el hierro al rojo batía
con un sonoro clan! clán!,
que apenas amanecía
en música estremecida
—el rutinario himno violento—
el humoso y polvoriento
recinto de la herrería!
Clín! Clan! Clán!...
todo el día
templando las herraduras
de cojas cabalgaduras,
forjando lucientes frenos
para potros sgarrenos,
o puliendo como rayos
de acero, finas espuelas
o navajas para gallos.
Clín! Clan! Clán!
Qué sonora la herrería
de mi don Froilán Cartín.

Potro bravo en la herrería;
los chispazos de la fragua
irritaban sus ojazos
donde la cólera ardía
"Eh! Vaya! Vaya!"
gritaba al potro Ramón

y el potro se encabritaba
cuando en su casco chirriaba
la herradura, como un sol.
"Eh! Vaya! Vaya!" y el potro
de negra y fluida crin
se asustaba oyendo el claro
batir: clan! clán!
clán! clán! clín!...

La fragua sonoramente
resollaba; crepitante,
el carbón se hacía rubí
y el fierro entre las tenazas
era seda que en primores
y entre el alegre clan! clán!
laboraba diestramente
don Froilán!

¡Ave María!...
hora serena de añil;
don Froilán y el operario,
en el clavo de costumbre
están colgando el mandil.
El silencio en la herrería;
la tarde de ella salía:
el último martillazo
encendía en el ocaso
la estrella del herrador!

La última brasa apagada,
en el portal empedrado
de la ya oscura herrería,
entre la chiquillería
de los nietos, don Froilán
a su sabor se reía,
y su risa algo tenía
del clín! clan!, clín! clan!, clín clán!...
del yunque de la herrería.

Y así un año tras otro año
la vida de la herrería:
Clán! clan! clín! clán!
todo el día
cantaba en el limpio yunque
el brazo de don Froilán

Carlos Luis Sáenz

Heredía, Junio 9, 1932.

Enrique Díez-Canedo

(Viene de la página 40)

Díez-Canedo fué a Chile llamado para comentarnos a sus clásicos, y a lo largo de diez conferencias, no olvidó un momento que era un profesor mucho más que un conferenciante y que su asunto consistía en dilucidar y no en encandilar al oyente, en voltear perfiles y regalar atisbos nuevos de los clásicos y no en repetir las metáforas sobre Lope o Tirso, que han calentado a esos públicos.

El pecado más común en el conferenciante extranjero que allá recibimos se llama condescendencia pasada a asimilación con el ambiente. También lo otro, lo selecto, se halla en el ambiente: allí está como una corriente de airecillo fino del cual el conferenciante debe darse cuenta para apoyarse en ella en vez de tomar el partido de regalar a la masa torpe, glotona como los niños.

Me cuentan que Díez-Canedo va a Estados Unidos a dictar conferencias de literatura española contemporánea, y oigo la noticia con el gusto de que España muestre lo que tiene que lucir, añadido al gusto de que el tema que es de doble estría, de doble riel, sea tratado por un español, tan leal hacia lo sudamericano. La producción literaria de

lengua española, después de Rubén Darío, tiene que ser enseñada en simultaneidad generosa con la nuestra, especialmente en aquel país que vive dentro de una sola pieza geográfica con el sur, sin que entienda todavía todo lo que ello significa. La fluvialidad de las masas que el Profesor de Onís llama "las Españas", crece a ojos vistas; las influencias van y vienen, naturalmente con más empuje de las aguas peninsulares sobre las nuestras: pero así van, lado a lado unas veces, y otras bien mezcladas, bonitamente confundidas en el negocio común de la lengua.

Gabriela Mistral

Santa Margherita, Ligure. Enero, 1932.

H. G. Wells, educador del mundo

(Viene de la página anterior)

su "Esquema de la Historia". Era una tremenda concepción. Se había llegado a considerar como seguro que ningún hombre, en estos tiempos modernos, pudiera intentar la redacción de una historia universal. Era necesario saber tantas cosas que tendríamos que contentarnos con el alcance restringido y las toscas conclusiones de los especialistas. Aunque fueran creciendo en el mundo la necesidad, el deseo de algo más amplio, nunca podrían satisfacerse.

H. G. Wells comprendió la necesidad, con-

cibió la empresa y la llevó a cabo. El éxito inmenso de su "Esquema de la Historia" fué prueba de que el hombre adecuado había realizado la obra necesaria en el momento oportuno. Ha sido traducido a la mayor parte de los idiomas civilizados. Entre las varias ediciones y traducciones que de este libro se han hecho se han vendido de él en el mundo, más de dos millones de ejemplares, y continúa vendiéndose con el mismo ritmo.

Luego vino su continuación lógica: "La ciencia de la vida", que completa las implicaciones biológicas del "Esquema de la Historia". Y ahora nos da "El trabajo, la riqueza y el bienestar de la humanidad". El objeto de esta última obra es el de suministrar los conceptos históricos y el material con que podamos contestar, en escala mundial, aquellas preguntas que nos plantea el estado de la industria, del comercio y de las finanzas, y que han tomado un carácter de urgencia predominante.

Es una obra tremenda. No hay medio de leerla sin sentir escalofrío de admiración ante su energía y su poder suasivo, sin sacar de ella nuevas luces, una visión más exacta y más amplia de las cosas materiales que nos interesan de modo inmediato. Es un libro que ha de formar parte viva de la educación de cuantos aspiran a utilizar ideas y conocimientos de amplitud mundial para comprender el mundo, parte también del "equipo" de cuantos anhelan contribuir de manera efectiva, útil, al establecimiento de una nueva armonía y prosperidad en el futuro próximo.

(Luz Madrid)

Biblioteca Mínima Cubana

¿Qué obras debieran constituir, de estar formada exclusivamente por diez volúmenes?

Opinión de Juan Marinello

— De Cervantes. La Habana —

(Véanse las entregas 1 y 2 del tomo en curso)

Correspondo mal a la gentileza de incluirme entre las voces doctas de la interesante indagación sobre la "Biblioteca Mínima Cubana", emprendida por Félix Lizaso en la revista *Cervantes*. Sólo unas líneas maltrechas por las esquinas de mil quehaceres.

No es tarea fácil la selección de los diez mejores libros cubanos. Como no lo sería la de los cien libros cimeros de Hispanoamérica. Entre nosotros hay escritores, no libros. Nuestros más logrados momentos de realización artística y científica se deben a hombres de vida disparada en las más varias direcciones. Poseyeron fuerza para el largo empeño, para el libro ejemplar, pero un mundo en tumultuosa adolescencia los llamó a su servicio. Eran los mejor pertrechados: debían cargar con la más dura responsabilidad. Y el ensayo, el poema, la novela, quedaron luciendo prisas y desdibujos entre los aciertos sorprendentes. El caso del intelectual ciudadano de su biblioteca, es extranjero en Hispanoamérica. Rodó es la gran excepción y hay en su obra un tempo de gran desfile con tanta cita enjaezada y tan vagarosas referencias a lo circundante, a lo criollo, que todo lo que salió de su pluma lleva la marca—y el castigo—de su deserción:

americana. Creo que este desdoblamiento humanísimo en que la obra intelectual no es sino una escala vital entre otras, engrandece mucho a los escritores de nuestra América. Nos hemos perdido —ya lo sé—una veintena de libros incomparables (esos libros que cada escritor de estas tierras tiene preparado para después...), pero nos hemos ganado un grupo egregio de hombres completos desangrados en la más alta faena: la de hallarle cauces a nuestras aguas revueltas. Y ya ha dicho Pedro Henríquez Ureña, voto de primerísima calidad, que el ideal de justicia está sobre el ideal de cultura. Enorgullecámonos de nuestros intelectuales-hombres.

Como poseemos grandes vidas y notables escritores más que buenos autores de libros, ninguna colección de obras eminentes daría la medida cabal de nuestras capacidades. De ahí que estime yo un error escoger los libros mejores para la Biblioteca Mínima. Con ello se daría a la apresurada curiosidad del extranjero (para el que se hacen primordialmente estos panoramas), una visión incompleta, una información parcial, mutilada, de la cultura cubana. Ha de irse a los volúmenes antológicos de cada autor. Y cuando alguno haya dado en una obra autónoma y de fuerte empeño lo mejor de sus talentos, hacer una excepción y accionar a la Biblioteca el libro entero. De Martí ¿qué dar sino un volumen con lo más acabado e inspirado del orador, del crítico, del poeta y del epistológrafo? De Saco, ¿puede darse una obra importante que cubra un volumen y sólo un volumen? Y de nuestra contribución lírica, ¿qué libro de poeta nuestro puede ofrecernos el valor homogéneo de una antología rigurosa?

Quizás si se lograra entregar a los ojos extraños una exposición de nuestra cultura con lo siguiente:

- 1.—Un volumen de lo que en Martí luce, con sus dotes inigualadas de escritor, su estatura humana.
- 2.—Un libro con los mejores poemas de José María Heredia.
- 3.—Un tomo con lo mejor de la Avellaneda, prefiriendo su obra dramática, lo más eminente sin duda en nuestra producción teatral.
- 4.—Un volumen con poemas de Luaces, Milanés, Flácido, Zenea y Casal, como líricos de valor permanente, representativos, además, de momentos culminantes en nuestra vida literaria.
- 5.—Una selección de los más agudos estudios políticos de José Antonio Saco.
- 6.—Cecilia Valdés, como nuestra mejor novela y porque muestra, además, las en-

trañas de nuestra vida colonial española.

7.—José de la Luz y Caballero, por Manuel Sanguily, porque entrega la vida de un hombre arquetípico que, como Varela, es superior a su obra escrita.

8.—El romanticismo en España, de Enrique Piñeyro, como modelo de ensayo crítico.

9.—Una compilación de los mejores ensayos de Varona sobre problemas cubanos.

10.—Azúcar y población en las Antillas, de Ramiro Guerra, como libro en que, aun resolviéndose desacertadamente nuestro problema colonial, se explana con técnica magistral la realidad económica de Cuba.

Toda selección es, en alguna medida, injusticia. Una vez hecha comienzan las dudas, los remordimientos. ¿Por qué no Varela con sus Cartas, el otro Heredia cubano con su *Insensibilidad*, algo de los oradores del Autonomismo? Y más acá, ¿por qué no Ortiz, con alguno de sus libros afrocubanos, o Castellanos en la novela, Acosta y Brull en lo lírico, Chacón y Calvo, Max Henríquez Ureña, Boti, Ramos y Mañach en el ensayo? Porque imagino que la Biblioteca Mínima quiere hacerse como balance de posteridad, no como apreciación momentánea de los que aun pueden superarse. El libro de Ramiro Guerra, con todo, puede, por su especialísimo carácter, ser excepción. Por eso se añade a la lista falible.

Juan Marinello

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

A. Kurella: <i>Mussolini desenmascarado. Las realidades del Fascismo</i>	3.75
Benjamín Jarnés: <i>Rúbricas</i> . (Nuevos ejercicios)	2.00
Juan Ramón Jiménez: <i>Eternidades</i> . Verso (1916-1917)	3.25
Alfonso Maseras y C. Fages de Climent: <i>Fortuny, la mitad de una vida</i>	3.00
R. Grigorieva: <i>Diario de una maestra</i> . Apuntes de la vida escolar en Rusia	3.50
Joaquín Maurín: <i>La revolución española. De la monarquía absoluta a la revolución socialista</i>	3.00
Máximo Gorki: <i>Entre gentes extrañas</i> ..	6.00
Máximo Gorki: <i>Días de infancia</i>	5.00
M. J. Bonn: <i>Prosperity, ascensión y caída de la riqueza americana</i>	3.50
Waldo Frank: <i>Redescubrimiento de América</i>	6.00
Mariano Azuela: <i>La luciérnaga</i>	3.25
A. Botín Polanco: <i>Virazón</i> . Novela	3.50
Ismael Enrique Arciniegas: <i>Antología Poética</i>	5.00
Obras de Ricardo Güiraldes. III: <i>Raucha</i> ..	3.00
Salvador de Madariaga: <i>España. Ensayo de historia contemporánea</i>	3.75

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

INDICE



12 LIBROS ESCOGIDOS

Heinrich Mann: <i>El Angel Azul</i>	3.75
J. H. Mariejoli: <i>Edad Media y Tiempos Modernos. 1270-1610</i> . Pasta	6.00
Emilia Pardo Bazán: <i>La Literatura Francesa Moderna. El Romanticismo</i>	3.50
Ramón Pérez de Ayala: <i>El Libro de Ruth. Ensayos en vivo</i>	3.00
Julia Peterkin: <i>El Pecado Rojo. "La Novela Proletaria"</i>	3.75
Pedro Prado: <i>Un Juez Rural</i>	4.00
John Reed: <i>Hija de la Revolución, y otras narraciones</i>	3.50
Jorge Mehlis: <i>Plotino</i>	3.75
Gabriela Mistral: <i>Desolación</i>	6.00
Pablo Neruda: <i>El Habitante y su esperanza</i> . Novela	3.00
José Ortega y Gasset: <i>La Rebelión de las Masas</i>	6.50
Knut Hamsun: <i>Sofñadores</i> . Novela	3.00

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

La cruzada por la libertad del estudiante latinoamericano

Una gran fuerza evolutiva y revolucionaria de nuestra raza.

— Envío del autor —

Desde Méjico hasta el Cabo de Hornos hay un estremecimiento hondamente vital en América, cuya médula es el estudiante. En el aula europea o norteamericana hay, claro está, vigorosos fermentos de renovación, pero no existe la elevada tensión revolucionaria y transformadora que caracteriza, de manera singular, al claustro estudiantil latinoamericano. En los otros países y en las otras razas el aula es, principalmente, docencia científica, preparación técnica o capacitación profesional, pero, el aula latinoamericana es, ante todo, y, sobre todo, docencia civil, escuela de ciudadanía. Este es su carácter fundamental y el que da la tónica de la Universidad.

Esta penetración de la inquietud y del tumulto cívico en el claustro, ¿es una desviación de los fines y de la docencia universitaria?

Muchos responden que sí. Especialmente los viejos maestros burocratizados se oponen con todas sus fuerzas a esta tendencia que creen que es la negación de la Universidad misma. Los conflictos y los rozamientos que se producen casi a diario en las universidades latinoamericanas se deben, exclusivamente, a esta divergencia fundamental de criterio entre profesorado y alumnado.

De esta opinión participan hombres de mentalidad tan perspicaz como José Ortega y Gasset en una carta o mensaje que dirigió a los estudiantes argentinos hace algún tiempo. Pero, esta vez, la pupila del pensador español no tuvo la suficiente elasticidad de acomodación a la perspectiva del Nuevo Continente. Vió a la Universidad y al estudiante latinoamericanos con ojos europeos. Quiso aplicar la docencia de países en que la maquinaria del Estado ha tomado formas fijas y conclusas, a países como el nuestro en que el Estado es apenas un esbozo mimético de las prácticas e instituciones jurídicas del Viejo Mundo.

Pero, los pueblos, por un proceso casi milagroso, crean los órganos y los instrumentos de su salvación. La Universidad no puede vivir en la periferia de los pueblos sino en la médula vital de su ambiente o contorno, en la hondura espiritual de la raza en que se genera la historia, en la intrahistoria que diría don Miguel de Unamuno.

La docencia de la Universidad latinoamericana tiene que ser, antes que nada, docencia ciudadana, educación civil, fuerza política normatriz. Nuestra universidad no puede encerrarse en los claustros, como una ostra parasitaria, sorda al alumbramiento y al grito angustioso de las nacionalidades. El estudiante no puede dedicarse con plenitud de pasión y de ánimo al cultivo de la cien-

cia o al pensamiento especulativo cuando el crimen político y social anda suelto por las calles, cuando el pensamiento está ahogado en la mazmorra, cuando no hay leyes, ni instituciones, ni partidos y lo suficientemente fuertes para impedir y castigar las tiranías.

Ya lo he dicho en otra ocasión, el movimiento que se inicia en la Universidad de Córdoba es un movimiento típico latinoamericano y marca una etapa en la vida y en la historia del Continente.

Desde hace tres lustros, más o menos, los estudiantes latinoamericanos, con maravillosa intuición histórica, han asumido y comprendido la plenitud de su responsabilidad ante sus respectivas nacionalidades. En México, en la Argentina, en el Perú, en Bolivia el estudiante es el primer ciudadano de la república, el más

Testimonios

Para conservadores y liberales españoles, el evangelio político está consignado en una escena capital de El enfermo imaginario, de Molière. Recordad el coloquio entre Argan y su hermano Beraldo. "Pero, en fin, vengamos al hecho. ¿Qué hacer cuando se está enfermo?", pregunta Argan. "Nada, hermano mío", replica Beraldo. "¿Nada?", torna a preguntar, lleno de asombro, Argan. Beraldo, sosegadamente, con la frescura y la tranquilidad, con la frivolidad y la inconsciencia de un conservador o de un liberal españoles: "Nada. No se necesita más que permanecer en reposo. La naturaleza, ella misma, sin necesidad de nada, cuando la dejamos hacer, se libra dulcemente del desorden en que ha caído. Nuestra inquietud, nuestra impaciencia, es lo que hacen que todo se eche a perder; casi todos los hombres mueren de sus remedios, no de sus enfermedades".

Beraldo es el vivo retrato de nuestros gobernantes. Miedo a las responsabilidades, miedo a la acción, miedo a las reformas, miedo al cambio, miedo al porvenir: he aquí toda nuestra mentalidad política. Dejemos que el país siga, marchando él mismo: permanezcamos en reposo. Las dificultades se resolverán ellas mismas.—Azorín.

Es aventurado cimentar algo sobre la voluntad de un hombre; pero cimentar sobre la voluntad de una multitud es una locura: la voluntad de un hombre es como el sol, que tiene sus días y sus noches; la de un pueblo es como el relámpago, que dura apenas un segundo.—Angel Ganivet.

generoso, el más sacrificado, el más agudo y luminoso atalayador de su raza, el más resuelto para la lucha, el más heroico, el verdadero y auténtico salvador de su nacionalidad. En Venezuela, donde todas las clases sociales se han sometido a la pezuña zoológica de Juan Vicente Gómez, el estudiante es el único que se enfrenta al despotismo y las paredes de la Rotunda han visto perecer, heroicamente, a millares de mártires estudiantiles.

¿Cómo puede el hombre consagrarse a la ciencia, a las artes y al ejercicio de las disciplinas intelectuales si no hay libertad? Hay que esforzarse por conquistarla previamente. Hagámonos, primero, países justos para hacernos, luego, países sabios.

Al europeo que censure las deficiencias de nuestra educación universitaria, que ponga reparos al atraso y desorganización de nuestros métodos pedagógicos; que menosprecie el desasosiego y la nerviosidad política de nuestros estudiantes, que eche de menos al investigador científico y al técnico en plenitud de capacidad creadora, digámosle que estamos construyendo nuestras nacionalidades, que estamos haciendo el supremo esfuerzo de una raza para salir del caos, que estamos luchando,—con una angustia tan aguda que sólo nosotros la comprendemos porque la sufrimos en nuestra carne y en nuestro espíritu,—contra las fuerzas del instinto que amenazan devorarnos, contra las potencias negativas de la brutalidad que quieren sorber el protoplasma y vigoroso de nuestras futuras nacionalidades y la miel primigenia de nuestra futura cultura.

El maestro latinoamericano, europeizado y descastado, pero, sobre todo, burocratizado, no está a la altura del estudiante latinoamericano actual. Nuestros maestros—salvo raras excepciones—quisieran encerrarse en sus claustros y percibir, tranquilamente, sus emolumentos, como sus colegas del Viejo Mundo. Son los egoístas de su ciencia y de su especialidad que quisieran plasmarse sabios, pero, sabios esclavos y sumisos a los despotismos; sabios con las vértebras lo suficientemente elásticas para inclinarse, fácilmente, ante el Poder y reclamar su pitanza vergonzante.

Y lo que caracteriza, de manera singular, al estudiante latinoamericano y lo que le salva para el porvenir es su don, su vocación de servicio social o colectivo, su vocación de servicio humano. Allí reside la grandeza del movimiento estudiantil del Nuevo Mundo y allí, reside, también, su enorme, su inconmensurable eficacia histórica. Alguna vez dije, que el estudiante latinoamericano, constructor por excelencia en medio del caos, estaba engendrando, también, el tipo del futuro maestro latinoamericano. Después de algunos años, vuelvo a reafirmarme en esta aparente paradoja que responde, sin embargo, a una realidad efectiva. El estudiante latinoamericano es forjador y plasmador espiritual de su propio maestro.

Antenor Orrego

Trullillo (Perú), abril, 1932.

Estampas

Están pacificando a Nicaragua...

Ojo alerta, nicaragüenses de honor.

— Colaboración directa —

Están pacificando a Nicaragua. La época es propicia porque Nicaragua va a tener elecciones reguladas y administradas por la marinería norteamericana. Hasta el indomable Sandino promete dejar sus montes de combate heroico para que Nicaragua se pacifique. El sentimiento que los intereses del Departamento de Estado norteamericano difunde por medio de sus agentes es el de la pacificación. El mismo Departamento apaga sus furores, se pacifica. Hablan liberales y conservadores de amnistía y como los odios infecundos no los ponen de acuerdo, el Departamento de Estado la decreta imperiosamente. No piensa en que hay nicaragüenses puestos por su condenatoria implacable fuera de la ley. No piensa en que el vocablo bandido lo forjó el mismo Departamento para estigmatizar al nicaragüense que se opusiera a su intervención brutal y humillante. No piensa en las bombas echadas sobre todo grupo humano que desde la altura a que zumbaban su persecución de aeroplanos, vislumbraba el ojo de presa yanqui. La táctica pacifista hace olvidar al Departamento de Estado que tiene puesto su garfio de dominio sobre un pueblo cundido de bandolerismo. Lo que precisa ahora es apaciguar el descontento contra ese dominio, volver a reunir al perseguido en torno a su hogar, a su negocio, a su industria, y sobre todo en torno a su política.

Porque Nicaragua va a tener elecciones reguladas y administradas por la marinería norteamericana es que se la quiere pacificar. Es decir, se la quiere domesticar para que mire al conquistador con agradecimiento y sumisión. Decreta el Departamento amnistía general mientras conservadores y liberales discuten a quién la dan y por qué la dan. Pero si algún consejo debe darse a Nicaragua es que no mire en esa medida sino el cálculo de un Gobierno imperialista. Mientras exista rebeldía, hay que emplear la fuerza para sofocarla. Y el mundo se entera del ruido de las bombas y de las ametralladoras, que cazan bandidos en país intervenido. Y alguna censura hace el mundo a esa caza maldita. Conviene que no la haya. Lo sabe el Departamento de Estado y en un gesto imperioso distribuye perdón por todos los confines del suelo nicaragüense.

Vueltos a su redil los perseguidos pensarán al instante en el poder que dió el decreto y justificarán la permanencia de ese poder sobre la entraña viva de la patria. Si no hubo manera de que liberales y conservadores lo acordaran, hizo bien el Departamento de Estado en prescindir de ellos como cuerpo legislador. El agradecimiento irá acaudalando la medida imperialista y pronto, sonará

recia la voz que proclame salvadora la intervención.

No debe Nicaragua pacificarse si quiere defender su soberanía. Debe, sí, matar el mal que la está aniquilando. Es mal humano, porque está en sus hombres. Ahora va el Departamento de Estado a regularle y administrarle unas elecciones de las cuales saldrá un presidente. Para que esas elecciones sean naturalmente reguladas y administradas se emprende la pacificación. Es decir, se aquieta el espíritu del nicaragüense, se le unifica para eliminar la estridencia. Es, desde luego, el espíritu del nicaragüense que cree en Sandino, que no cree en la marinería yanqui. Porque también hay el nicaragüense al servicio del Departamento de Estado, que es el descastado que encuentra providencial la intervención. Por este nicaragüense se está hundiendo Nicaragua. Para este nicaragüense hacen elecciones los marinos y asesinan cuando se lo piden. Por este nicaragüense van a pacificar a Nicaragua.

Elecciones para que resulte de ellas el servidor vil del Departamento de Estado norteamericano. Compréndalo el nicaragüense de honor. No permita que se le pacifique. Guerree con la misma heroicidad con que ha venido haciéndolo. Pero, comprenda también, que no sólo es humillante la marinería metida en el corazón de la patria, sino, y en grado enorme, el descastado que convive con ella. Esté atento al descastado y persígalo y mátelo. Mientras considere enemigo sólo al conquistador extranjero, el vende patrias hará su agosto. Y Nicaragua con la intervención ha hecho reventar inúmeros descastados. En trato diario con el marino, agradeciéndole al marino el orden que ha impuesto, encuentra el nicaragüense sin decoro, que debe al marino bienestar y contento.

Para que salga electo el descastado es que van a regular y administrar unas elecciones precedidas de amnistía regulada y administrada por el Departamento de Estado. No se engañe Nicaragua. Nada constructivo le traerá ese juego electoral. Ninguna libertad le será devuelta con la amnistía. ¿Conoce Nicaragua a sus malos hijos? ¿Ha formado el cuadro de los que trabajan contra su liberación? Pues cuídese mucho de que no vuelvan a coger gobierno. Por allá en Washington anda el señor Adolfo Díaz tratando de levantar una contribución fuerte que le permita volver a la Presidencia en las elecciones que regulará y administrará la marinería yanqui. Nicaragua dirá si en ese ciudadano hay moralidad para que aspire a un puesto de guía. El solo hecho de trasladarse al propio suelo de la ma-

rinería que humilla a Nicaragua, a levantar un empréstito con dinero de mercaderes, es estigma para el pretendiente a la Presidencia. Pero hay además la historia de este pretendiente en las desgracias de Nicaragua. Revísela el nicaragüense de honor y diga si debe prestarse a que le organicen la farsa de las elecciones. Y como Díaz aparecerán otros aliados incondicionales de la esclavitud impuesta por el imperialismo yanqui. ¿Vale la pena entonces que Nicaragua se pacifique? Sea guerrera Nicaragua. Conserve a su Sandino indomable. Deje que el rebelde ande en el destierro, si ese destierro lo mantiene con decoro. Pacificándose matará todo anhelo de libertad, será sumisa y la conquista imperialista acabará con ella. Y sobre todo no transija con la farsa.

¿Qué sacará de unas elecciones fraudulentas? Justificación del atropello y del crimen. Reguladas y administradas por el imperialismo, no saldrá de ellas nada que ponga en congojas a ese imperialismo. Nuestros pueblos son muy desgraciados. Viven en una perfecta ignorancia de sus destinos y de sus hombres. Revisemos el juicio de nuestros mayores y en todos hay el dolor de nuestras infelicidades. En 1876 daba su reflexión severa el gran don Cecilio Acosta, cuya cabeza altiva "fué cuna de tanta idea grandiosa", diciendo: "Dejan de representar el país, como debiera ser para su bien, funcionarios y hombres de Estado salidos de las universidades, las artes, los liceos, la escuela, la tribuna, la prensa y las nobles tradiciones de familia; llegan estos advenedizos, que más convendría llamar especuladores o bárbaros, al poder como a una presa divisible, o como a un derecho hereditario; y sin práctica de negocios, que es tan necesaria; sin ciencia administrativa, que es tan importante y tan alta; sin virtudes, sin aquella responsabilidad que nace del pudor y la vergüenza, aunque no hubiera de nacer de la moral, no hacen de ordinario más que desatinos, que encuentran el elogio de los cómplices y la indiferencia de los tímidos, decretos para el tráfico, sentencias para el soborno, contratos para la concusión y leyes para la codicia y para tener a su disposición un erario repleto, patrimonio seguro y recurso fácil para liviandades, ostentación y lujo". Pues para que lleve Nicaragua gente así a que la represente es que le dan amnistía y elecciones. Cuadro desolador, pero es cuadro de realidad.

Siga sin pacificar Nicaragua. Preferible es la agitación de la inconformidad que el aletargamiento de la sumisión. No tiene derecho para intervenir el Gobierno norteamericano en los destinos de Nicaragua. ¿Qué pretende? El vasallaje completo. Por esto es falsía su anhelo de que vuelva el nicaragüense a su vivienda, a su industria, a su inquietud cotidiana. Lo ha dispersado condenándolo a la destrucción y cuando nota que no muere en él la varonilidad, cambia de táctica y quiere pintarrajearse de protector que da amnistía y decreta elección-

nes reguladas y administradas por él mismo. Pero Nicaragua no ha muerto, no es colonia. Porque la devoren unos hombres sin virtudes y sin responsabilidades, no ha perdido su poder de nación con altivez y fuerza para crecer y ser grande. Matando esa casta de advenedizos tiene asegurada la conquista de su soberanía, de su libertad.

No reciba el decreto de amnistía con regocijo alguno. Lo ha ordenado el Departamento de Estado que la tiene in-

tervenida, que persigue al nicaragüense de honor, que llama bandido al que defiende su suelo de la invasión, que coloca fuera de la ley a Sandino el indomable. Y no se pacifique, cueste lo que cueste. Acabe con la intervención, no acudiendo a elecciones fraudulentas en las cuales tiene que elegir al traidor y al traficante, sino guerreando en todos los confines en donde encuentre perdición el invasor y el criollo descastado.

Juan del Camino

Costa Rica y Julio de 1932.

Noticias literarias

— Envío del autor —

El Abate de Mendoza, paladín en los nobles ejercicios de la amistad, se ha reintegrado a México. Lo tenemos entre nosotros desde hace medio mes. Sus amigos logran una ganancia gozosa: su cercanía. Y una pérdida que se borra en el júbilo del regreso: la del correspondal amable y eficaz que, desde Europa, les mandaba libros, noticias, recuerdos. Todo con el más exquisito don de dar.

Ahora, cuando México carece de un órgano literario digno de los similares del continente, y la concordia se aieja de los escritores entre sí, y los grupos intelectuales se dispersan, el Abate de Mendoza estaría en aptitud de unir a las ovejas extraviadas, convertirlas en abejas, y emprender, mediante una revista que él podría realizar con tino y decoro perfectos, una rehabilitación editorial del país.

El doctor Antonio José Uribe, prominentemente diplomático e internacionalista colombiano, acaba de publicar, en Bogotá, "Colombia y los Estados Unidos de América". En 1903, el autor desempeñaba la cartera de Relaciones Exteriores en su país. La intervención directa que tuvo en la defensa de los derechos de Colombia en relación con la farsa del movimiento separatista de Panamá, iniciado y fomentado por los yanquis en su codicia por la apertura del canal interoceánico, lo facultó para darnos una historia documental, completa y amargamente verdadera, de las relaciones entre los dos países.

Hallamos en algún pasaje del libro, en una carta que Roosevelt dirigió a su amigo W. R. Thayer, por julio de 1915, el siguiente párrafo:

"Hablar de Colombia como de una potencia responsable con quien pudiera tratarse, como nosotros lo haríamos con Holanda, con Bélgica, Suiza o Dinamarca, es grande absurdo. La analogía es con un grupo de bandidos de Sicilia o de Calabria, con Villa y con Carranza en el momento actual. . . Yo hice cuanto pude para conseguir que ellos (los gobernantes colombianos) obrasen correctamente. Luego resolví que yo debía hacer lo que debiera hacerse sin tenerlos en cuenta".

¡Bien por el panamericanismo!

Para un hombre que ha visto Rusia ¿qué perspectiva desmesurada puede haber ya? Por eso, y por su fácil comprensión y talento, sería deseable que Julio Alvarez del Vayo escribiera un libro sobre México. Un libro escrito por el observador, no por el diplomático. Confiamos tanto en su recta sinceridad, que estamos seguros de que sus impresiones, cualesquiera que fuesen, serían exactas. Es necesario despojarse de los humos de suficiencia tratándose de una sugestión como la presente: los juicios de un ojo y una conciencia limpios nunca hacen daño. Son tantos los turistas norteamericanos que nos despedazan con la Remington portátil, entre mascada y mascada de goma, que ya queremos que diga su verdad una persona que no piense con las mandíbulas.

Armand Praviel, al trazar el cuadro biográfico del reinado de los Hapsburgo en México, en "La Vida Trágica de la Emperatriz Carlota", aporta pocos datos nuevos sobre el tema. Si acaso, nos desconcierta su descubrimiento de que González Ortega, en su juventud, fué amaestrador de monos. Habla de los mexicanos en un tono sostenido de menosprecio. En el retrato psicológico de la Emperatriz sí tiene vastos aciertos. Por lo que respecta a la designación de nombres propios o geográficos relacionados con México, incurre en errores pintorescos: habla de San Juan de Ulloa por San Juan de Ulúa, menciona el jarabé y el sarapé.

Que los historiadores se despachen a su antojo en lo demás.

José de J. Núñez y Domínguez nos comunica que el doctor Francisco Castillo Nájera, Ministro de México en Holanda, que con tan estimable éxito de crítica ha publicado "Un Siglo de Poesía Belga", anuncia la próxima aparición de su libro escrito en francés "La Prostitución en China". Recoge en él las observaciones que hizo como médico, literato y sociólogo, durante el tiempo en que representó a México en el citado país.

Tras este libro, el doctor Castillo Nájera publicará una obra titulada "Las Canciones de la Revolución Mexicana", con la que hará conocer en Europa nuestra producción musical vernácula.

Finalmente dará a las prensas otro libro, "Flores Líricas de Holanda", con traducciones de los modernos líricos de los Países Bajos. El autor ya tiene listas varias versiones en verso, y al decir de don Rafael Altamira y de los hispanistas holandeses, han resultado bien logradas. El libro tendrá, en términos generales, el mismo plan que el de las traducciones de poetas belgas. La probidad del doctor Castillo Nájera, en ésta y en las otras ramas de su empeñosa labor de letras, nos hace esperar un brillante trabajo.

La compañía de Virginia Fábregas, en el teatro de la misma actriz, ha representado, con ayuda de la Secretaría de Educación, la tragedia de Franz Werfel "Juárez y Maximiliano". Se acudió a las reliquias del Imperio que existen en el Museo Nacional, para inspirarse en la reconstrucción del mobiliario, decoración y vestuario. Los críticos teatrales hicieron comentarios desfavorables de la fidelidad alcanzada en esos tres aspectos. Los aludidos se defienden.

La obra consta de tres actos y un epílogo. Trece cuadros en total. Como la maquinaria del teatro no es muy moderna, las mutaciones fueron lentas y la representación, que dura cerca de cuatro horas, fatiga.

Se aprovechó la traducción de Enrique Jiménez D., recogida en volumen por las Ediciones "La Razón", de esta capital.

"Los Pasos de la Danza", el libro que tiene en preparación Guillermo Jiménez, será una especie de viaje alucinado y alucinante a través de los bailes de todos los países. Se une allí el sabio dinamismo de la danza universal con los primores de una prosa movida también y, como aquélla, sugerente.

Anticipándose a la aparición definitiva de la obra, Jiménez ha fijado, en una "plaque" que da gusto a los ojos y que destina a un reducido número de amistades literarias, el capítulo sobre "La Danza en México". Un capítulo en que, a diferencia de los dedicados a la danza en Oriente o España — sensualidad, euforia y color —, los danzantes indígenas se ven ocultados a medias por una pesada neblina de tristeza, perforada por el angustioso tun-tun con que acompañan su bullir.

Trabajando, trabajando, Mariano Azuela, a pesar de todos, llena casi por completo la más reciente producción novelística de México. Hace tiempo, una nueva edición española de "Los de Abajo", mientras la misma obra se traducía al francés, con prólogo de Valery Larbaud. En 1931, aquí, "Las Moscas". Ahora, en Madrid, "La Luciérnaga".

Producción distinta, desigual: pero siempre la misma retina atenta. La miseria de México—arriba, abajo—no ha tenido cronista más sincero. Azuela ha llevado a la literatura su fría experiencia de cirujano, buscando, exclusivamente, llaga y bacilo. El glóbulo rojo, la sonrisa, no se explora. Así es "La

Luciérnaga". Sombras sobre sombras. Amargura constante.

Además de la afición entomológica que denuncian los títulos de sus dos últimos libros, ¿no habrán influido demasiado los rusos a Mariano Azuela? A lo largo de la novela que hoy comentamos con obligada brevedad, se muestra notoria, es más, inconfundible, la huella de Constantino Fedin; pero sólo en la técnica. En el apasionamiento y el gozo—siquiera éste sea fugitivo, como en Fedin—el autor se esquivo.

Mariano Azuela es un repetido ejemplo de constancia.

El año pasado, una casa editora inglesa publicó "La Vida en México", de la Marquesa Calderón de la Barca.

Ahora, la casa Dauber & Pine Bookshops, Inc.—66 Fifth Avenue, New York—ofrece, por 7.50 dólares, los dos volú-

menes de la primera edición del mismo libro. Se publicó en Boston, en 1843, y tiene dos láminas.

¡Que Dios nos tenga de su mano! Un Archibaldo Macleish, en Nueva York, ha publicado un libro que se titula "Conquistador". Trata nada menos que de la conquista de México. Para forjarlo, Macleish ha escogido, a su arbitrio, algunos pasajes del monumento de Bernal Díaz del Castillo que a él le parecieron convenientes. Tras la selección, los ha refundido en tercetos asonantados, en inglés por más señas. Bien turbios deben de estar.

El prospecto que anuncia el libro, refiere que el autor estuvo durante la primavera de 1929 en las sierras mexicanas, documentándose! Ya veremos si el suelo que pisó el gran Bernal Díaz nos lo presenta Macleish revestido de asfalto.

Antonio Acevedo Escobedo

México, D. F. 1932.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras.)

De las Publicaciones EDEYA (Apartado 1149. Barcelona, España):

S. Chernodomordick (P. Sarianof): *Majno y el movimiento majnovista*. (Los anarquistas a la obra).

Flavio Guillén, de Guatemala, ha publicado: *Un fraile prócer y una fábula poema*. (Estudio acerca de Fray Matías de Córdoba). Mayo de 1932. Guatemala, Centro América.

Juan Carlos Faig ha publicado: *La Vibración de las Islas Iguales del Silencio*. Poemas. Carátula de Lucio T. Odiozabal. Montevideo. 1932.

Con el autor: Banco de la República. Soles y Piedras. Montevideo. Uruguay.

América, revista de cultura hispánica, publicación del Grupo AMÉRICA, en Quito (Casilla 75), Ecuador, ha dedicado el N.º 49 del Año VII, Abril de 1932, a don Juan Montalvo, en homenaje. Págs. 113 a 426 de la Revista. Muy interesante.

En folleto aparte ha salido el magistral estudio *Juan Montalvo. En el centenario de su nacimiento, 1832-1932*, por Gonzalo Zaldumbide.

Edición de La Unión Panamericana, Wash. D. C.

De Francisco Romero (Charcas 4734, Buenos Aires):

Delfina Varela Domínguez de Ghioldi: *Alejandro Korn: Sus ensayos filosóficos*. Sacaremos este folleto en este semanario.

Del comandante del ejército sueco K. A. Bratt: *La próxima guerra*. Editorial APOLO. Flores, 16. Barcelona.

Pocos libros tan oportunos y de tan palpitante interés como el que acaba de publicar Editorial APOLO con el título de *La próxima guerra*.

Contra lo que éste podría sugerir, no se trata de uno de tantos libros en que, con execrables fines comerciales se tiende a excitar

una malsana curiosidad acerca de la próxima guerra y de sus probables características y proporciones. Se trata, por el contrario, de un estudio profundo, trazado por un experto, de los factores y adelantos técnicos que serán puestos en juego en una nueva contienda bélica, por parte de las potencias beligerantes, y de las espantosas consecuencias que aquélla revestirá para todos los pueblos civilizados.

El cuadro que, de estallar una nueva guerra mundial, traza del futuro es tan angustioso, que nadie puede permanecer insensible al llamamiento que el propio libro encierra—llamamiento que justifica la aparición del mismo para que todos los pueblos libres se apresten a crear lo que el autor denomina *la organización racional de la paz*.

Entre los antecedentes de que parte el autor para lanzar al mundo su vibrante grito de alerta, figuran sus gravísimas revelaciones sobre la pasada contienda bélica y que ponen de manifiesto la criminal influencia de las altas finanzas y del que, en términos generales, califica de «capitalismo de guerra».

La próxima guerra del comandante sueco K. A. Bratt, es, en suma, un libro de interés general, que debería, por tanto, llegar a manos de todos, desde el estadista al último de los ciudadanos, en cada uno de los países civilizados.

Acaba de salir:

Samuel N. Harper, de la Universidad de Chicago; *Escuela de bolcheviques*. Traducido del inglés por Julio Huici. ESPASA-CALPE, S. A. Madrid. 1932.

La Colección *Hechos sociales*, recientemente comenzada por ESPASA-CALPE, S. A., con la interesante obra *Cómo está Rusia*, del célebre escritor escocés O'Flaherty, ofrece en estos días el segundo volumen, constitutivo de otra excelente creación sobre el mismo asunto, titulada *Escuela de bolcheviques*, original de Samuel N. Harper, de la Universidad de Chicago.

El tema ruso sigue constituyendo, pues, uno de los capitales de la época. Es natural que así sea, no sólo habida cuenta de su significado sustancial, sino de lo torcidamente enjuiciado que vino ofreciéndose, a lo largo de varios años, por no pocos escritores desaprensivos, que, carentes de la debida visión del asunto, describieron y juzgaron a la ligera, sin parar mientes en que su labor sería, todo lo contrario que útil, manifiestamente desorientadora. En la copiosa serie de libros acerca de Rusia aparecidos en los dos

o tres lustros últimos cuéntanse algunos debidos a firmas cuyo sólo nombre constituye anticipada garantía de interés y justeza; pero éstos fueron, por lo general, los menos difundidos, y ello creó un estado de información defectuosa, que puede decirse ha venido preponderando, y que tanto trabajo cuesta modificar.

Escuela de bolcheviques es uno de los mejores, más veraces e interesantes libros de información y crítica expositiva acerca de Rusia, basado en el viaje que el profesor Harper hizo al país soviético durante la primavera y el verano de 1930. Con sus impresiones personales, objetivas, preparó a su regreso seis conferencias, pronunciadas bajo los auspicios de la Universidad de Chicago, conferencias que anunció con el título general de *Los nuevos cuadros de la Rusia Soviética*, y que comprendían como especificación de temas particulares: «El Obrero del partido comunista», «El joven Comunista», «El trabajador de la brigada de choque», «El campesino colectivista», «El obrero intelectual soviético» y «El soldado rojo». Esas conferencias, cuya distribución, títulos y demás le fueron sugeridos por un curioso cartel soviético de gran significación exegética, han sido trasladadas al libro sin diferir nada de lo expresado con anterioridad ante el auditorio, según el propio autor señala en la Introducción del libro. En ésta, Harper explica, con sencillez y acierto, no pocos puntos interesantes sugeridos de tal documento gráfico, alusivo y simbólico, que predisponen favorablemente a la comprensión del texto, facilitando a los lectores carentes de previo conocimiento del asunto, un esquema de la novísima organización política y social rusa, que ha cambiado tan radicalmente la vida en el inmenso país eslavo, cuidando, por manera notable, de acrecer intensivamente la eficiencia expansiva de su credo.

Mr. Harper da fe en esta su excelente producción de las características raciales en punto a serena imparcialidad, objetivismo y ponderado análisis. Toda ella ofrece un acabado estudio sintético de las directrices ideológicas soviéticas. Juntado a la exposición de las mismas la sensación impresionista, libre de previas simpatías o diferencias, de quien se asoma al que resulta, en realidad, un mundo nuevo, Harper consigue la máxima armonía ideológica y elocutiva. No creemos exagerado, pues, disputar a *Escuela de bolcheviques* como una de las obras que al presente ofrecen más atractivos para adentrarse en el conocimiento del asunto que su título denota. En sus páginas hallaráse la explicación de términos privativos del bolchevismo, como *Cuadros soviéticos*, *Brigada de choque*, *Revolucionarios profesionales*, *Komsomol*, *Sindicatos soviéticos*, *Plan quinquenal*, *Campesinos colectivistas*, etc., que si trascienden fuera de Rusia, suelen desvirtuar su acepción genuina.

La traducción de este libao, del inglés debida a Julio Huici, es perfecta. *Escuela de bolcheviques* forma un volumen tamaño 21 y medio por 14 centímetros, de 210 páginas, con cubierta alusiva. Precio 6 Pts. ejemplar. ESPASA-CALPE, S. A. Apartado 547. Madrid.

De la obra *La tragedia sexual de Tolstoy*, por J. Kallinikow. Editorial APOLO. Barcelona:

En el extranjero comienza Tolstoy su obra *Polikucha*, que terminó en Jasnaya Poliana. Turgenev escribe a Fet lo siguiente, a propósito de tal obra:

«He leído *Polikucha* y me sorprendió el vigoroso talento de Tolstoy. Hay páginas verdaderamente asombrosas. Hasta siento un escalofrío en la espina dorsal, y eso que la tenemos bastante insensible y gruesa. ¡Es un maestro!... ¡Sí, lo es!».

También Turgenev decía de *Los Cosacos*:

«Durante estos días he leído la novela de L. N. Tolstoy, *Los Cosacos*, y otra vez me he entusiasmado. Esta novela es en verdad extraordinaria y de una gran vitalidad».

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

Cuando se piensa que carecemos casi en absoluto de verdaderos valores, cuando vemos a tantas personas cuya vida es una eterna contradicción, para no desesperar, para no perder, entre la espantosa realidad, la poca fe que nos queda, buscamos a nuestro alrededor a esas gentes que si nos han permitido mantener un resto de confianza en un porvenir mejor.

Hoy quiero recordar una vez más a un gran amigo de Costa Rica, a don Arturo Urién. Para muchos es una persona del todo desconocida; no así para los niños que saben quererlo, ni para algunos maestros que lo admiran y lo recuerdan constantemente.

Don Arturo vino a Costa Rica en calidad de Cónsul de la Argentina, su patria. Recuerdo que se enojaba mucho cuando a alguien se le ocurría llamarlo extranjero. "Un indioamericano no puede ser extranjero en ningún país de Indoamérica". La diplomacia es para don Arturo un medio para hacer el bien en todas las partes a que llega. Recordamos aquí una figura interesante de la diplomacia, al Conde de Gobineau, quien aprovechaba su carrera para emprender ciertas investigaciones de carácter histórico.

Don Arturo, más que todo, desempeñó aquí y desempeña siempre, una labor docente: sin ser maestro de profesión, ni padre de familia, educa con su ejemplo, porque su vida es una constante ascensión. Es un espíritu que se renueva constantemente; sus actos de hoy están muy bien ligados con los anteriores. Pero, lo que más admiramos en esa renovación es que ella se efectúa dentro de una perfecta unidad.

Son tantas las cosas buenas que hizo don Arturo en Costa Rica y tantas las que continúa haciendo, que no podemos permanecer indiferentes ante ellas.

Muchos maestros visitaban a don Arturo ya fuera en busca de su agradabilísima compañía, ya para obtener referencias de libros, o bien, con la seguridad de recibir éstos como obsequio. Un día hablábamos de la celebración de las fiestas cívicas. El no está de acuerdo en que sólo deben recordarse días determinados. El maestro debe, según su parecer, pensar cada día en su patria, con el propósito de buscar medios de dignificarla, de ennoblecerla, pues únicamente así se puede ser capaz de formar en los niños el verdadero orgullo ciudadano. Yo, que tampoco creo en esas jornadas de civismo en que se dicen mentiras en formas muy bellas, le pedía a mi amigo una idea para celebrar un 15 de Setiembre.—Funde una biblioteca, me dijo.—¿Con qué dinero?, repliqué.—Vaya a la Librería Linares y escoja veinte volúmenes interesantes y que me pasen la cuenta. Además, agregó, dé la sugestión a otra maestra, para que funde un botiquín en esa misma fecha. Las boticas de la ciudad le darán muchas cosas que en esa escuela de ustedes hacen falta. Ambas ideas se llevaron a cabo.

Don Arturo hizo, siempre por su cuenta, una serie de publicaciones muy importantes. Obsequiaba con los folletos a los maestros, a los escolares y a todos aquellos a quienes interesara la lectura. Fué así como conocimos a Horacio Quiroga, a Frank Crane y a otros escritores más.

Su labor en la Escuela Maternal que dirige Carmen Lyra no puede ser más eficiente. Don Arturo fué para estos niñitos, un abuelo lleno de ternura y de preocupaciones por su suerte. (Hay mucha gente llena de preocupaciones que no pasan de estar en su imaginación). Don Arturo las tenía hasta que lograba hallarles una solución adecuada. La Escuela Maternal fué para él un gran campo de acción. Mientras vivió en Costa Rica, no quiso que estos chicos anduvieran "con las patillas desnudas", y por eso les regalaba siempre los zapatos. Ya ha comprado dos acciones para

SIEMPRE RECORDAMOS A DON ARTURO URIEN

= Envío de la autora =



Punto guanacasteco
Madera de Laporte

la edificación del local que se necesita. Desde la Argentina envió dinero para que en Navidad, sus "queridos pibes" tuvieran juguetes.

Don Arturo se dió cuenta de la urgencia de crear otros kindergartens en barrios pobres. Y, gracias a su empeño y a su ayuda económica, se fundó uno en la Escuela García Flamenco. El mobiliario, incluyendo un piano, fué costado en su mayor parte por él. Pero su trabajo no terminó allí: desde su patria manda dinero para contribuir al sostenimiento del citado kinder.

La actividad y el entusiasmo de don Arturo son inagotables. Los niños pobres de Buenos Aires le preocupan muchísimo, y esto lo ha hecho comprar un gran terreno donde se edificará, por su cuenta, una escuela al aire libre. Y es que don Arturo tiene una fe inquebrantable en lo que la escuela puede realizar.

Ese interés de don Arturo por todo lo que se relaciona con la escuela, hace que mande con regularidad periódicos, revistas y libros. Recientemente envió un recorte; es una noticia breve publicada en "La Nación" de Buenos Aires, algo que sin duda ha pasado inadvertido para muchas personas, atentas sólo a las fluctuaciones del cambio, a las crónicas de deporte o a la sección de sociales y personales. Es una relación sencilla y conmovedora que nos ha hecho recordar una serie de maestros anónimos que tenemos por estas tierras de Dios. El protagonista es el maestro de la Escuela de Arroyo Durazno, en el Delta del Paraná. Sus alumnos son hijos de modestas familias ribereñas, y tienen que recorrer largas distancias por caminos pésimos. Hay grandes peligros en el trayecto: cruce de puentecillos desvencijados y zanjones hondos. Este es el motivo que

obliga a los escolares a llegar tarde con bastante frecuencia. En el invierno, la asistencia decae por completo. Para el maestro de Arroyo Durazno, esto es problema serio que requiere una solución inmediata. Lo más cómodo sería hacerse el indiferente o quejarse de la mala asistencia, o lamentarse de las incomodidades de los niños. Este maestro abnegado (con abnegación de buena clase, no ésa que más bien parece mansedumbre bovina) resuelve la situación: sacrifica sus horas de descanso y su comodidad. Cada mañana parte en una lancha de su pertenencia, en busca de sus pequeños discípulos, llevándolos de nuevo a sus casas, por el mismo medio, una vez finalizadas las lecciones.

Horacio Quiroga relata un caso que vale la pena de traer de nuevo a cuento. La inspección de escuelas de los Territorios, recibió tan graves denuncias sobre la actuación de un maestro de escuela en un perdido rincón del país, que envió al lugar del hecho a un inspector con las instrucciones necesarias. Los vecinos se quejaban de que el maestro abandonaba la escuela con sus chicos, y de que estos regresaban sucios. El inspector salió en busca de su "presa". Llegó al sitio indicado y no encontró a sus víctimas. Inquirió; alguien le dijo por dónde podía estar, y, bajo un sol de fuego, emprendió el camino. Cerca de un arroyo pudo ver un espectáculo singular: el maestro y sus discípulos, descalzos y con los pantalones hasta las corvas, estaban dentro del agua. El interés no podía ser mayor. Para su trabajo empleaban barro y recortes de lata y se proponían construir un canal de tipo interoceanico, a alto nivel, con esclusas y todo lo necesario. Los chicos lanzaban sus embarcaciones en el primer dique, cargaban éste de agua, cerraban y abrían las compuertas de las esclusas; los buques ascendían, pasaban a otro dique, y así hasta traspasar la cordillera y encauzar de nuevo en el nivel del arroyo. En tres horas, aquel maestro ignorado, había enseñado a sus alumnos, lo que no hubieran aprendido en seis años de facultad. El epílogo de esta historia es lo más interesante: el inspector dió un informe de lo que había presenciado, y, de una plumada, el maestro fué destituido "por incompetencia" (?).

También en Costa Rica tenemos muchas cosas interesantes que decir. Carmen Lyra nos contó que, gracias a la maestra Catalina Fallas, se construyó la cañería en San Lorenzo de Tarrazú. Yo recuerdo otro hecho que cabe aquí. Una maestra agregada llega a San José procedente de uno de los lugares más remotos del país. No venía por placer. ¡Es tan poco lo que se gana con esa profesión! Tenía que presentar exámenes para obtener el Certificado Elemental y esa era la causa de su viaje a esta ciudad. La comisión examinadora encontró que la aludida tenía muy buena preparación en los aspectos fundamentales de las asignaturas de escuela primaria, pero flaqueaba en algunos puntos referentes a Ciencias Naturales e Historia. Esto, se creía, era motivo suficiente para un aplazamiento. Por sus expedientes sabíamos que por su empeño, en un lugar que no recuerdo, se había construido una casa para la escuela, y un puente que desde mucho tiempo atrás hacía falta en la localidad. Dichosamente se pudo conseguir que esta maestra obtuviera su Certificado.

La huella que dejó don Arturo Urién en Costa Rica, es como la huella que deja el Sol en el surco: invisible, pero llena de un noble poder creador. Es una memoria con más fuerza que cientos de presencias. Ya lo decíamos al principio: su recuerdo no nos deja perder por completo la confianza en la vida.

Lilia Ramos

Costa Rica, Junio de 1962.